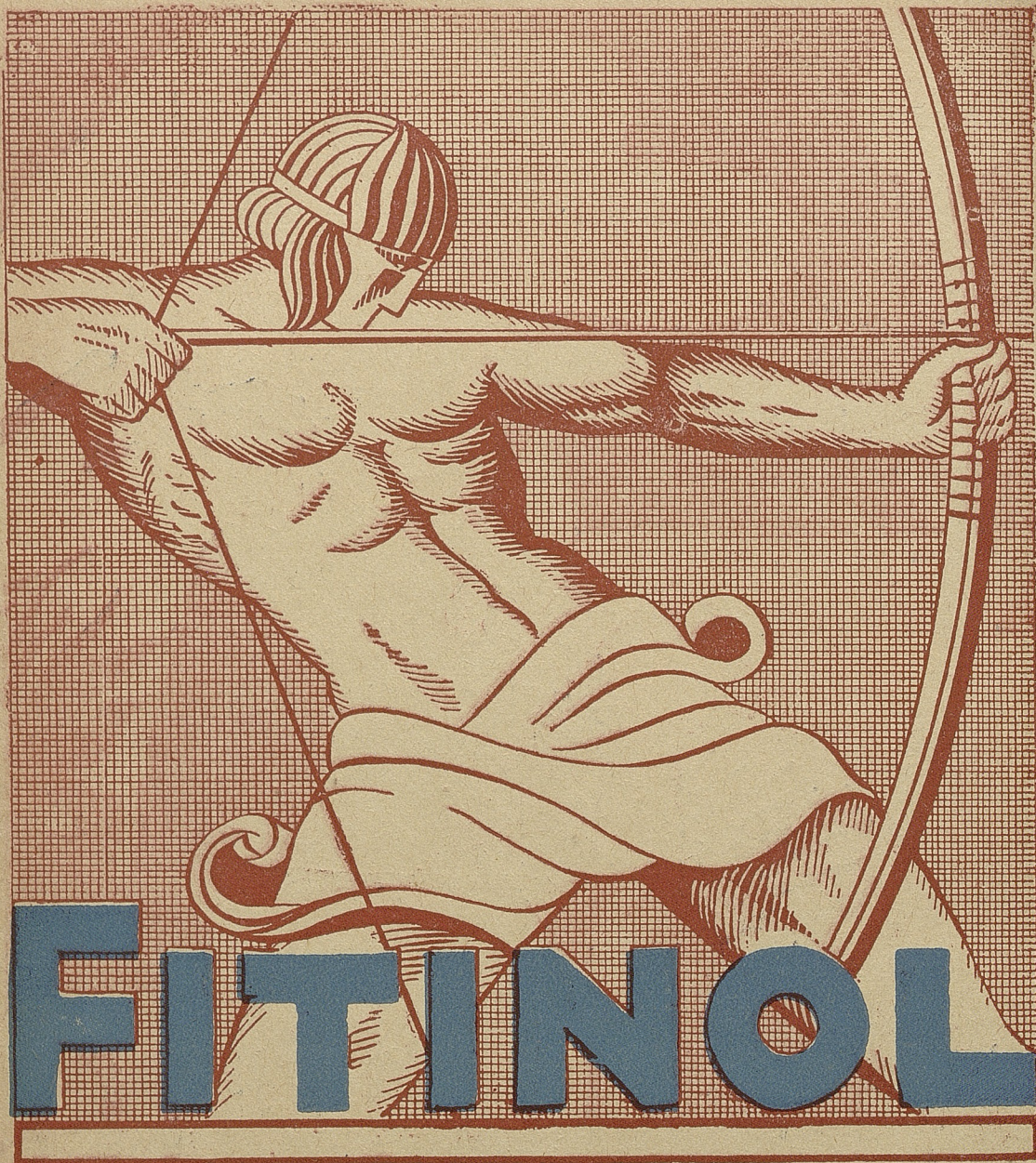




LECTURA

Nº 12 En este número:
EL PAGO
Por BALDOMERO LILLO



FUERZA Y VIDA

Para el cerebro

Potente regenerador de la vida, refuerza el organismo,
produce un rápido aumento de peso, debido a la
espléndida acción tonificante del fósforo orgánico.

LABORATORIO GEKA S. A. - SANTIAGO

Lecturas

PROXIMO NUMERO:

JUEVES 16 DE
MARZO DE 1933



El Cuento Nacional:

SUBLEVADO

por

JUANITA GODOY



QUERENCIA

Cuento Regional Peruano,

por

A. ARIAS LARRETA



¿ES UD. FELIZ? EN CASO

CONTRARIO CONSULTE

AL SR. PARKER PYNE

Cuento por

AGATHA CHRISTIE



LA VERDAD ACERCA DE

PYECRAFT

Narración humorística por

H. G. WELLS

TENEMOS PARA LEER

CUENTOS:

EL PAGO, por Baldomero Lillo.—EL DOCTOR JAMES, por O. Henry.—EL PAISAJE ILUMINADO, por Angel Acosta.

NOVELA:

EL SALVAJE, por José María Souvirón. (III Parte).

ARTICULOS:

RECUERDO DEL ULTIMO PELUCON, (Don Alberto Edwards), por Alone.—EL HOMBRE DE ESTADO Y EL POLITICO, por Franklin D. Roosevelt. — LAS DEUDAS DE LA GUERRA QUE SE PAGAN O QUE SE ELUDEN.—DE DONDE VIENEN LOS RAYOS COSMICOS?, por el Abate Th. Moreux.

POESIA:

EL MAL DEL TIEMPO y ¿QUIEN?, por Max Jiménez (costarricense).

VARIEDADES:

¿EXISTE LA MUJER FATAL? Encuesta con opiniones de Pedro Sienna, Honorio Rojo, Hernán del Solar, etc. — GENTE NUESTRA: PABLO GARRIDO, MUSICO DE AVANZADA, por Luis Enrique Délano.—PANORAMA DEL MUNDO.—NUESTROS COLABORADORES.—LEYENDO PARA EL LECTOR.

Revista semanal de literatura. — Aparece los jueves

Subscripciones: Anual (52 N.os), \$ 43

Semestral (26 N.os), \$ 23

Trimestral (13 N.os), \$ 12

Editada por

"EMPRESA LETRAS"

Huérfanos 1041 -:- Casilla 3327 -:- Teléfono 82028

Santiago de Chile.

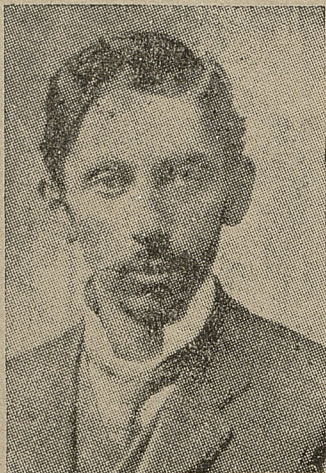
Directora: Amanda Labarca H.

Secretario de Redacción: Luis E. Délano.

Algunos de los que escriben en este número

BALDOMERO LILLO

Es el autor de "Sub-Terra" y de "Sub-Sole", el artista que dió significación y carácter a la generación de cuentistas criollos que principió a florecer en 1900 y que dió en Lillo,



Gana y Guillermo Labarca Hubertson sus frutos primeros. Lo trágico y lo imaginativo se alean en él con una observación paciente de los elementos naturales del paisaje y la "clase" en que sitúa a su personaje. Desaparecido ya de la escena viviente, Baldomero Lillo ha entrado en el reino de los clásicos de la literatura chilena. Este cuento suyo que hoy publicamos figura entre lo mejor salido de su pluma.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

El autor del interesante artículo "El Hombre de Estado y el Político" que aparece en este número, es el Presidente electo de los Estados Unidos. En estas mismas columnas hemos escrito otras veces acerca del líder de los demócratas norteamericanos. En estos momentos en que la política mundial sufre un vuelco extraordinario al romperse tratados, pactos, etc., la personalidad de Roosevelt adquiere mayor relieve, precisamente, en vísperas de tomar el mando de la poderosa Nación yanqui, porque de su política depende en gran parte la solución de muchos problemas de carácter económico, social e internacional.

MAX JIMENEZ

Es un portalira del trópico, de la bella y perfumada tierra de Costa Rica. Jiménez es am-

pliamente conocido en América por su constante colaboración en las columnas del valiente Repertorio Americano que dirige nuestro amigo García Monge. Los poemas que ofrecemos hoy pertenecen a su libro "Quijongo". El autor explica qué significa esta palabra: "El quijongo de mi patria, es un instrumento musical sencillo: un arco con una jícara adherida a la madera, la cual, manejada con la mano izquierda, convierte en voces los golpes dados sobre la cuerda. Es simple, y tiene el encanto de los instrumentos que solamente pueden ser tocados con el alma".

ALONE

Hernán Díaz Arrieta (Alone) es un verdadero cultor de las letras. No es de los intelectuales que producen de tarde en tarde frutos literarios. Es un trabajador metódico que desarrolla una labor de crítica que, como es natural, siempre ha sido ardorosamente discutida. Alone no precisa estas líneas para dar más luz a su personalidad, pues es perfectamente conocido en el país. Sus trabajos literarios y



críticos mantenidos por largos años en nuestra prensa, han hecho de su seudónimo un nombre familiar. Hoy ofrecemos a nuestros lectores su fino e interesante artículo: "El último pelucón", uno de los hombres más singulares y talentosos que ha atravesado el escenario de la política y la literatura chilena: Don Alberto Edwards.

Nuestro mundo femenino

debe prestar atención preferente a la
producción de AZUCAR NACIONAL.

Las quejas que arranca a una dueña
de casa el alza creciente y la carestía
del artículo importado, sólo tendrán
término cuando el azúcar se produzca
en nuestro suelo.

¿Cómo producir azúcar chilena?

¡ESTÁ EN SU MANO CONSEGUIRLO!

Interésese usted misma y no deje de
hacerlo en su círculo familiar o en el
de sus relaciones sociales; ACONSEJE
A SU MARIDO, A SU PADRE, A
SU HIJO, A SU HERMANO O A
SU NOVIO, PARA QUE CUANTO
ANTES SE ENTERE LA SUBS-
CRIPCION DE ACCIONES DE LA

Compañía de Cultivos y Elaboración de Azúcar de Betarraga

HUERFANOS 1330 -:- CASILLA 3590 -:- TELEFONO 87520

Que el próximo año producirá azúcar nacional
a 85 centavos el kilo.

EL HOMBRE DE ESTADO

Por FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

La designación del eminente político norteamericano mister Franklin Roosevelt para la Presidencia de los Estados Unidos presta extraordinario interés al siguiente artículo suscrito por el ex gobernador del Estado de Nueva York, y que pocos días antes de efectuarse la votación publicó un diario neoyorquino. El que a partir del mes de marzo será el trigésimo segundo Presidente de los Estados Unidos, expone en ese trabajo algunas de sus ideas sobre las características de la vida política, que aunque bajo ciertos aspectos sólo tienen un valor circunstancial y nacional, desde otros puntos de vista tienen un interés universalista.

DIRE, ante todo, que la política, en su sentido propio, no constituye en los Estados Unidos, salvo algunas excepciones, una carrera, entendiéndose por tal una ocupación definida a la que un hombre o una mujer pueda consagrar, desde el término de sus estudios en la escuela o la Universidad, el curso normal de su actividad.

Si dirigimos una ojeada a nuestra historia, nos daremos cuenta fácilmente de que los grandes jefes de Gobierno norteamericanos: Washington, Jefferson, Jackson, Lincoln, Cleveland, Teodoro Roosevelt o Wilson, no desempeñaron sus altas funciones sino durante un período relativamente breve de su existencia. Es verdad que antes habían ejercido una influencia sobre la opinión pública y actuado también muchas veces de un modo activo en el seno de su partido. Esto no impedía que cada uno de ellos dedicase a una profesión particular sus principales energías.

La política local es la única que puede constituir para los individuos una carrera capaz de absorber la mayor parte de su vida, por efecto de la renovación anual de cualquier cargo, electivo o de otra clase. Pero esta no es la política de que quiero ocuparme.

¿Puede considerarse la política como una profesión análoga a la de abogado, ingeniero, catedrático o comerciante, el joven que ha de

elegir carrera y que se interesa por los asuntos públicos? A mi juicio, la contestación es clara y rotunda: no, no puede hacerlo. O bien debe poseer un individuo la fortuna personal suficiente para subvenir a sus necesidades cuando no ejerza cargo público, o bien debe tener una profesión, un oficio, posibilidades de negocios, de las que pueda vivir al término de sus funciones públicas. Respecto al primer caso pareceme lamentable que no pocos jóvenes de buena posición económica se aparten de la política, porque sólo piensan egoístamente en enriquecerse todavía más.

El ejercicio de un mandato público así concebido se convierte en algo superior a una simple posibilidad ofrecida al individuo: es una ocasión apasionante de actividad. Los medios de hacerse útil son tan numerosos, que no sabría enumerarlos ni aun de un modo sucinto. Para ello es necesario una experiencia universal, principios elevados, entusiasmo,



GINGER ALE
C.C.U.

LA CERVECERIAS UNIDAS

Y EL POLITICO

energía, valor para enfrentarse con los problemas y conflictos que habrán de surgir a cada paso. Pero también es cierto que vencer esas dificultades proporciona la alegría del triunfo o esa interior satisfacción que es independiente del mismo éxito. Aunque bien puede ocurrir, incluso a los mejores, que les traicione la suerte. No importa.

Hartas veces el fracaso es tan honorable y provechoso para la comunidad como una victoria.

Para el hombre político digno de ese nombre, el hallarse constantemente luchando con problemas de orden moral, social o práctico, es de un interés prodigioso. No hay un detalle de la vida política que no afecte a algún problema humano. Esto compensa de todas las fatigas, de todos los esfuerzos.

Hombres como Washington, Jefferson, Teodoro Roosevelt o Wilson, y centenares de ellos cuyos nombres quedaron en el olvido, se mezclaron a la vida pública porque querían prestar servicio a sus conciudadanos, a su país o

a la colectividad. Y he de deplorar la distinción que se hace generalmente entre el hombre de Estado y el hombre político. Prácticamente, todos nuestros hombres de Estado han sido hombres políticos. Empleando procedimientos políticos ultimaron la obra emprendida desde los comienzos de su carrera y que hubo de granjearles el reconocimiento admirativo de la nación. Por otra parte, no creo que exista un hombre de Estado al que, en cualquiera ocasión, se haya aplicado el nombre de político en sentido despectivo.

Y yo pregunto: ¿podría vivir una nación sin políticos? Indudablemente, no; sobre todo, si, como nosotros, se quiere conservar la forma de gobierno democrática establecida por la Constitución de 1787. Nuestro código fundamental, como las Constituciones particulares de los diversos Estados norteamericanos, al crear puestos reservados a los representantes del pueblo soberano, así como el honor de ascender a ellos por elección o designación, despierta en todo ciudadano, hombre o mujer, justa emulación.

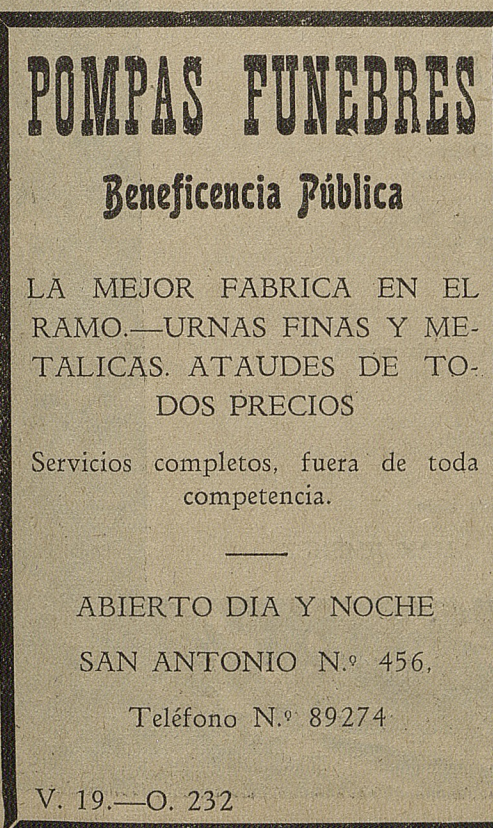
Lo único interesante es averiguar si el hombre público, sea Presidente de la República o simple juez municipal, cumple su deber. Como en todo, eso depende de los individuos: los hay buenos y los hay malos.

La mayor parte de las faltas de probidad cometidas en la vida pública están originadas por el deseo natural en el hombre de asegurarse y asegurar a su familia el bienestar económico a lo largo de la vida. De esto no se infiera que se debe reservar los empleos públicos a una minoría de hombres ricos. Riqueza y seguridad son cosas diferentes por completo. Si sólo tuvieran acceso a la política las personas ricas, ello sería la negación de todos los principios de democracia; negación de la que el Gobierno del país no obtendría ningún provecho. Es algo esencial que el Gobierno represente en pequeño todos los intereses y todas las actividades de la nación.

Una de las dificultades más serias de un buen Gobierno es que los hombres que en él tengan puesto adecuado a sus aptitudes hallen en otra parte ventajas más considerables, o a los que no interese la política lo bastante para corregir los defectos de la misma.

Las luchas políticas no pueden ser nunca perjudiciales para las personas honradas. La misma facilidad de los ataques a que se hallan expuestas, y dejo aparte las calumnias des-

(Termina en la Pág. 16)



POMPAS FUNEBRES
Beneficencia Pública

LA MEJOR FABRICA EN EL RAMO.—URNAS FINAS Y METALICAS. ATAUTES DE TODOS PRECIOS

Servicios completos, fuera de toda competencia.

ABIERTO DIA Y NOCHE

SAN ANTONIO N.º 456.

Teléfono N.º 89274

V. 19.—O. 232

POEMAS DE "LECTURAS"

EL MAL DEL TIEMPO

Ya te has hecho vieja, pasión de mis veinte años;
mi mundo eran tus ojos, tus dos ojos castaños.
¡Qué daño el de los años, pasión de mis veinte años!

Sin ti, sólo el vacío; sin ti, sólo ansiedad;
de todas mis pasiones, la Santa Trinidad.
¡Qué tarde siempre llega la cruel eternidad!

Sin ti, cuánto he sentido la miseria de todo;
sin tus ojos, sin tu boca, sin aquel que era tu modo
a tu lado, todo cielo; nada, lodo.

Ahora, ya vieja, pasión de mis veinte años,
¡quién se ve ahora en tus ojos, en tus dos ojos castaños?
¡Qué daño el de los años, pasión de mis veinte años!



¿QUIEN?

¿Quién te vería?
Así, con estos ojos que traigo del Oriente,
con esta suave calma en que no existe duda...
¿Quién te vería?
Con este mi legado, que traigo desde Buda,
con estos mis dos ojos de pebetero ardiente.

¿Y quién te estrecharía?
más fuerte que estos brazos,
con ese sentimiento de dos eternos lazos,
con la firme caricia que te han dado mis manos,
que saben los secretos de los dioses paganos.

¿Y quién te besaría?
así, con esta boca de la fruta prohibida.
¿Y quién?
Quién por tí daría,
en un gesto de amor hasta la misma vida...

MAX JIMENEZ.

El Viático.

T ENGO entre mis manos las cuerdas de esparto que hacen vibrar a "María" y "Rosario", las dos campanas que al fin logré alcanzar y dominar. Hace un viento atroz, mortificante, y por los huecos del campanario puse los ojos en las polvaredas que se han levantado lejos. Están detrás de las higueras de doña Amalia, están en la Montañeta... Son unos remolinos delgados que parecen bailar toda la extensión, cubriendo a veces en la parte alta la marcha de algún cuervo cogido de improviso.

No estoy muy alegre, no. ¿El motivo? No me lo sé explicar, pero juraría que me apretuñan el corazón al pensar en ese hombre que vive en para mí ignorada parte y a quien darán el Viático en seguida. Únicamente sé que lo llaman Epifanio Ruiz y que el cura salió hace cerca de una hora con rumbo a Tefía. Van con él Antonio, el sacristán, y un par de hombres venidos de allá. ¡Y este pícaro viento que estará cegándolos como si fuera poco la molestia del mal camino, vereda que sube repechos, ahonda barranquillos y se asoma a las simas de peligro!

¿A ver? ¿Aquello de blanco? Pues son ellos, son ellos. Acaban de salir por encima de los árboles y de las últimas casas. Lo que luce es el roquete.

Ya tengo frío. Mis pantorrillas se han vuelto azules. Todo el cuerpo lo siento lleno de puntitos blancos, salientes, carne de gallina. ¿Por qué no me marchó de una vez? ¿Por qué sigo repicando en esta altura, ahora que ningún pájaro salta por las tejas rotas, todos a cubierto del relente bajo los aleros? La orden fué de tocar hasta que ellos desaparecieran detrás de la carretera de Ampuyenta... Pero yo creo que mientras se vea Dios debo estar aquí, con frío, con viento, con lo que sea. No quiero remordimientos después por haber faltado. Y aun cuando nada se vislumbra ya, bien por la noche avecinada, bien porque hayan traspuesto la loma, yo proseguiré mi repique de honor por unos momentos más para que Dios esté contento de mí.

Sigo pensando en el enfermo desconocido. Habrá una pena grande en aquella casa de lejos donde se estrellará el polvo levantado. Detrás, la yunta vieja acaso vuelva el cuello hacia la puerta, esperando la paja y la ración que se han olvidado de traer desde esta maña-

El Paisaje Iluminado

(Historia de un niño triste)

Cuento por ANGEL ACOSTA

vil el señor Epifanio?

Los amigos.

Cuando los vi entrar esta mañana, todos colorados y sudorosos, remolcando con desgano la carpeta de los libros o el bulto de tela bien relleno, me dije: ¡Dichosos! Han jugado al chivivín y a la pelota (esas pelotas que saltan mucho, hechas de lana y cordobán), lo mismo detrás de la capilla que en la plaza y su arena de delante.

¡Dichosos ellos! Saben lo que es eso de entrar y salir de la escuela, lo agradable de venir desde un lugar lejano a este otro empapelado de carteles y repleto de bancos. Y el regreso, teniendo por fuerza que hacer un camino más o menos prolongado. Yo, no. La pedrada en busca del pájaro o del nido, la pedrada a ras de tierra para oír cómo suena a cada tropiezo, el subir una cuesta empinada para tropezar al otro lado con un pueblo nuevo a la caída de la tarde, como Macario Marichal, el de la Rosa Ucala, y el poder despojar varas de mimos después de chupar la flor con cosa dulce, no son para mí. ¿Por qué? Sépanlo: Porque soy el hijo del maestro. Tengo mi casa en la misma escuela. ¡Siempre estoy en la escuela!

Macario es éste que se sienta en mi banco. Su padre y el mío se llaman compadres. Viene todos los días con su hermana, muy temprano, desde su pago, con la compañía de un tratante en bueyes de su casa. A la tardecita se vuelven. Está en el *Deberes*, y lee peor que yo. Pero me gusta andar con él, sobre todo a medio día, después de almorzar, en que corremos juntos por el patio empedrado o hacemos arados, yugos y cangos. La comida la traen en el zurrón, junto con las plumas, los libros y la pizarra, y en la misma escuela, cuando no queda ni un alma, se ponen a comer. ¡Traen más golosinas! Claro. Siempre me toca algo. Si me las da cuando Anita ya se ha ido con mis hermanas, las cojo en seguida. Delante de ella me pongo ofendido, furioso, porque siento vergüenza.

na. Las andorifias rasarán el techo y los cercados. Y por el tragaluz en forma de agujero de cerradura se echará afuera, sobre el establo en silencio, racha a racha, la fiebre del hombre moribundo...

¿Cuándo he de ver subir cuesta arriba el cajón negro donde vaya inmó-

Mírenlo. Aprovecha un instante de poca vigilancia y susurra junto a mi oreja:

—Cesáreo...

—¿Qué?

—Hoy, uvas.

—¿Muchas?

—Cuatro racimos. Dos para tí.

—Gracias

—No traje más porque se me iban a escachar todas.

—Bueno.

El olor de la tiza se mete por la nariz de todos los niños. Junto a la mesa, los de *Catón* deletrean a un tiempo. Eulogio Nolasco, el que pela su madre dejándole la cabeza llena de escaleras, está en la pizarra grande, atascado con una división de tres cifras. Y hay volando un runrún hecho de sonsonetes, conversaciones y riñas a media voz.

Otra vez, los labios de mi compañero bisbiseando:

—Oye, ¿cuándo es tu día?

—Yo no sé, no me acuerdo. Mamá lo podrá decir.

—¿Se lo preguntas después?

—Bueno. ¿Para qué?

—Para una cosa.

Me callo. Antes me estaba acordando de Anita, su hermana, y él me distrajo. ¿En dónde quedé? ¡Ah, sí! "Tiene unas manos chiquititas... Menos que las mías. Claro. Ella no trae agua ni andará con el burro. Y más limpias. Pero digo yo: ¿es que las niñas no juegan con el barro y la hierba? Dentro de un rato habrá salido de su escuela y vendrá a comer. Uvas, uvas... Trayendo su traje azul y los zapatos abrochados a un lado. Me gustan los zapatos... Me gusta el vestido... Me gusta Anita..."

Viajando.

Mi hermana Aurelia no está en casa porque la madrina se la llevó a Ampuyenta, donde vive siempre. Pocas veces he ido allá y de casi nada me acuerdo: del hospital que empezaron a hacer, de un Santo que dicen nació en la comarca y que murió en Chile, de la iglesia de San Pedro, con torre ceniza, paradero de alguna otra misión.

Hoy me fijaré mejor. Tengo que llevar a Aurelia la ropa que se dejó y la cual mi madre puso en un velillo. ¿Estoy contento? Sí. Mucho. Se quedan los libros solos y dejaré muy atrás, por hoy, las lecciones de memoria, que son mi dolor.

¡Ea! Ya estamos montados. Mi burro es un animalito pequeño, morisco, que junta

bastante las patas delanteras, algo zambo. Hay que verlo correr cuando en un par de días no lo sacan de su pesebre o cuando se divisa algo cercanos otros burros, sean o no conocidos. ¡Cuántos disgusto por su culpa! El que no se me olvidará nunca es aquel de una tarde regresando del molino. Obscurecía. Como veníamos cuesta abajo y con prisa, pues sin fijarme se fué corriendo el costal hacia el cogote, y de aquí, ¡plum!, al suelo. El burro, que sigue andando, y, notándose libre de peso, que echa a correr con toda su alma y desaparece. Yo, que grito, me desespero y rompo a llorar sobre el costal caído. ¿Qué hacer, Señor? No pasaba bicho viviente. El camino es desierto, y más, de noche. Arriba negreaban las aspas detenidas, vueltas hacia acá. Parecían atentas a mi infortunio. Así me estuve hasta no sé cuánto tiempo. Alguien había tocado la oración por mí. Y, al cabo, mi padre, que en vista de la tardanza había salido a buscarme, me encuentra hecho un mar de lágrimas a la luz de un fósforo, al mismo tiempo que de lo alto venían pasos. Era el señor Pedro, el molinero, que iba a cenar. Lo que se rieron juntos! ¡Lo que se burlaron! Pero aunque el costal durmió en la despensa aquella noche, el animal no apareció en tres días. Lo encontraron en la raya de Tesguates, rebuznando de hambre en medio de un barranco solitario. Este, éste que ven aquí, tan tranquilo fué el de la hazaña. ¡Hombre! Con traer a cuento estas cosas no reparé en la distancia que llevo recorrida. Higueras, higueras... Higos también, madurando. Esto debe ser lo del señor Mendoza, el que tiene un hijo bobo. Lo llaman Güito y sabe hacer casitas de piedra, barro y torta como cualquier albañil. Casitas para los grillos y cigarrones. Son tan fuertes, que el techo aguanta encima el cuerpo de Güito. ¡Pero estos higos morados! De buena gana me comería media docena. ¿Robar? Quite, quite. La Guardia civil me llevaría amarrado como a aquel hombre de Tetir que me cuenta mi madre. Y, además, no debe estar lejos el dichoso perro del señor Mendoza, un perazo de ganado que sólo con ladrar mete miedo.

Más vale seguir. Por encima de aquellos gajos veo la puerta abierta de mi tía Julia. ¡Cualquiera diría que está a un paso! ¿A un paso? ¡Pues no es nada! Hay que pasar el barranco de Tao y atravesar las tierras coloradas de la Solana... ¿Para qué? Ella se alegraría. Me acosaría a preguntas. Al tiempo de levantarme los tiros de los calzones y meterme la camisa exclamaría:

—¡Vaya con mi sobrino!

Pero con todo, y a pesar de que no había de marcharme sin un bolsillado de almendras o cosa así, tengo que seguir carretera adelante, sin detenerme, para poder estar de vuelta antes del sol puesto. ¡La casa de mi tía! ¡Cuántas tardes me asomé a aquel pozo ancho y descubierta, bordeado de geranios rosados, sin atreverme a meter el balde en su misterio, que es para mí la muerte, el ahogarse uno!

—¡Arre, Juan!

Ahora me encuentro con un rancho de gente

que está almorzando en una cuneta, bajo la sombra de los tarajales. Son los que van arreglando el piso de la carretera y los que antes han traído estos montones de china.

—¿Quieres acompañarnos?

—No, señor. Muchas gracias.

—Anda, hombre. ¿Ya almorzaste?

—Sí, señor.

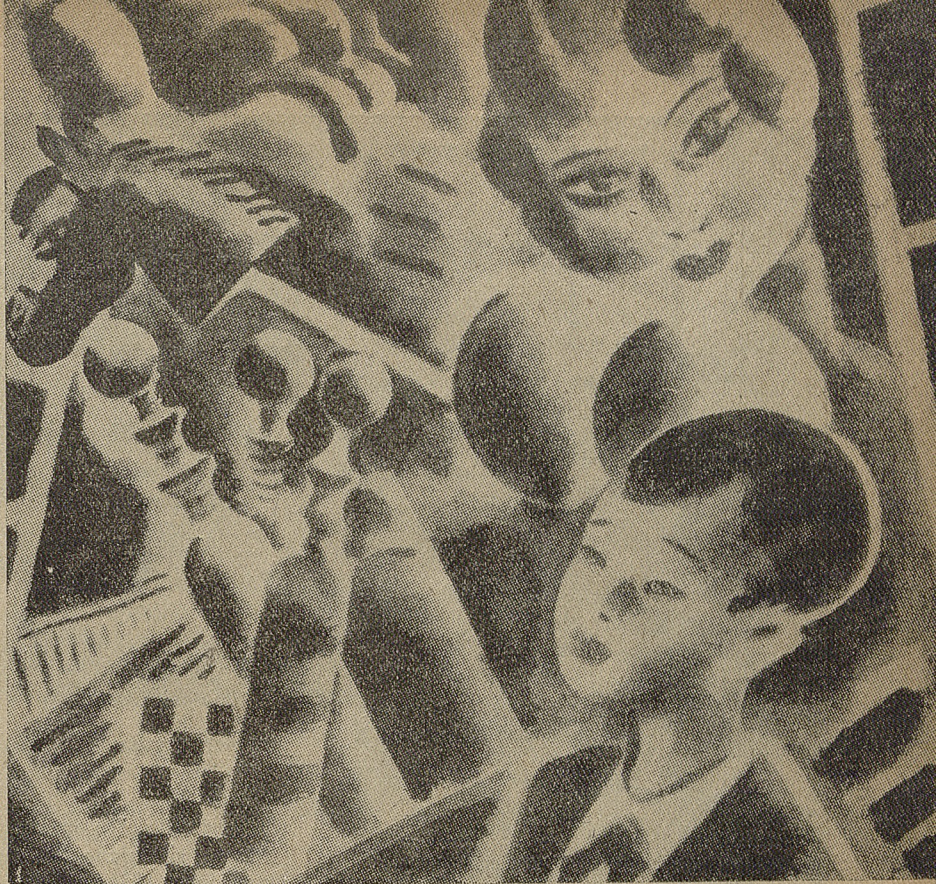
Sacan la comida de cazos de lata de calderitas azules, de zurrónes de cabra, de palanganas. Miré bien por saber si era verdad lo que decían: que algunos, por ahorrar para su pobre familia lejana, comen el gofio con pimienta picona. Puño de gofio, mordida a la pimienta... Pues ninguno lo hace aquí.

Se levanta una mujer con sobretodo negro. ¿Qué va a hacer, que se me acerca? ¡Ya ven! Me ha dejado entre el lomo de Juan y mis piernas un puñado de porretas amarillas. Más allá, cuando hube dicho adiós, los oí conversando asunto de mí:

—Cesarito, el hijo del maestro.

Los novios.

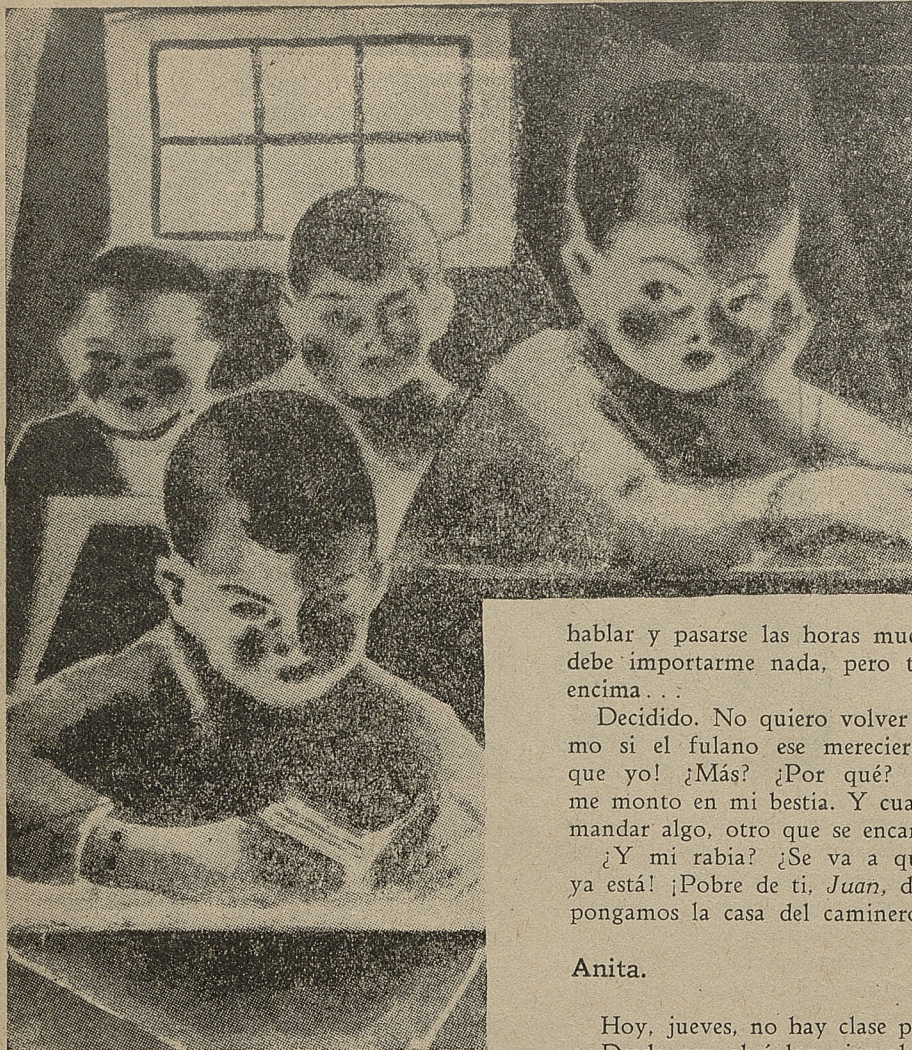
¡Qué encarnada encuentro a Aurelia! Parece otra. Se ha vuelto viva y parlanchina, hasta el punto de casi no dejarme respirar, abrazada a mi cuello y hablando como una



descosida desde que entré al patio. Le resplandecen los ojos, tan brillantes, que cualquiera podría confundirlos con dos manchones redondos de tinta fresca. ¡Si la vieran en casa!

Doña María me ha besado y se deshace en preguntas con una voz suave, bonita, como cuando uno habla en sueños. Yo, ¿qué voy a hacer?, me apuro por contestar a todo, tratando de vencer la gran timidez de que se encare conmigo tanto rato, siempre alabándome y acariciándome la cabeza. Por sus labios y por los míos pasa toda mi familia, los libros que estudio, los amigos que tengo, las novedades que me hayan sucedido. Y, al fin, me hallo con que hemos atravesado el patio de cemento, limpio por todas partes, menos por aquella de debajo del naranjero, un árbol verdísimo que tira sus hojas una a una. (Huele bien este patio ancho y fresco, lleno de puertas, ventanas, balconillos y enredaderas rampantes). Y estamos ante una mesa donde, bajo la mirada pícaro de Aurelia y la bonachona de doña María, me atraco de pan, queso, pasas, naranjas...

Tengo que decir que mi hermana apenas se acuerda de nadie. No ha preguntado por mi padre... Y noto que tendría pocas ganas de volver a nuestro pueblo de Casillas. ¡La muy orgullosa! Me entristece su manera de



pasos, riendo divertida, sin acordarse de nadie. Muy bien pudo llamarme a su lado, si es que no quiso molestarse. Y ni eso. ¿De modo que son novios? ¿Ser novios consiste entonces en lo que estoy mirando? ¿Desentenderse de todo el mundo, mucha risa, mucho

hablar y pasarse las horas muertas? A mí no debe importarme nada, pero tengo un coraje encima...

Decidido. No quiero volver por aquí. ¿Cómo si el fulano ese mereciera más atención que yo! ¿Más? ¿Por qué? Ahora mismo me monto en mi bestia. Y cuando tengan que mandar algo, otro que se encargue.

¿Y mi rabia? ¿Se va a quedar así? ¡Ah, ya está! ¡Pobre de ti, Juan, después que traspongamos la casa del caminero!

Anita.

Hoy, jueves, no hay clase por la tarde.

Desde que abrí los ojos al día, ese fué mi gran pensamiento. La esperanza de hallarme libre hace que estudie más y mejor, y nadie, ni mi padre, con ser tan exigente conmigo, pone peros al trabajo de la mañana. Yo estaba quieto en mi asiento y por la puerta de la calle veía el cielo, las suertes de la montaña, sus arbolitos en fila... Todo ello parecía llamarme, como diciendo:

—Qué, ¿no vienes? ¿No sales aún? ¡Con las cosas que te aguardo...!

Y yo, a resignarme, a estar sujeto un rato más.

Pero ya se acerca el momento. El último que quedaba por dar la aritmética ya llegó a la mesa, ya comienza a borrar lo escrito en la pizarra. Todo el mundo ha preparado sus gorras, desencaja las plumas, abrocha los botones de los cartapacios. Veo a Eulogio, crecido ya el pelo, atando con una tira los libros de memoria y echando fuera el labio de abajo,

ser y hasta tengo un enfado pequeñito dentro de mí, que me obliga a la seriedad y a comer en silencio. Cuanto que vuelva, me planto ante mi madre y se lo digo:

—No cuente usted con Aurelia para nada. Se ha olvidado de nosotros...

Al volver a hallarme fuera, junto al ranjero, que ya me pinchó con una espina, vislumbro en uno de los rincones a un hombre alto, vuelto de espaldas, que parece hablar con alguien en la ventana. El aire mueve allí despacio una cortina de encaje blanco.

—El novio de Faustinita — me explica Aurelia.

¡Faustinita! La hija única de la casa. ¿Cómo no había salido a recibirme? ¿Por qué no vino a besarme como tantas veces? Ella me quería... Y, sin embargo, ahí está, a dos

desollado por comer fruta verde. Veo a Nicolás, el de doña Isolina Fleitas, que se está escondiendo una...

—Salgan... dice mi padre.

Y allá vamos todos fuera, sin dejar de correr, gritar, pisotear y huir como locos. Llegó la hora.

Hemos almorzado todos en reunión. A ella, Anita, siempre con su trajecito azul, la pusieron entre mis hermanas, las cuales se regocijaron por tal novedad. Macario, junto a mí. ¿Qué hacía yo? Comía, sí, porque siempre tengo buena gana, pero no apartaba los ojos de aquella niña, nueva en este lugar, y para quien guardaba yo tan profundas intenciones. Mucha era mi complacencia. La miraba y era como si jamás la hubiese tenido delante. Además, estoy agradecido por su regalo. ¿No saben? El día de mi santo, que fué el mes pasado, Macario me entregó muy ufano, por encargo de Anita, un tarjetero muy lindo hecho de estambre de todos colores. O sea que por lo menos durante dos semanas, a través de las caminatas, del paso por el monte, de sus horas de asueto, de la distancia, su pensamiento me traía y llevaba, preparando calladamente la sorpresa. ¿Quién se lo iba a pensar?

Ahora es cuando le descubro más cosas atractivas. Aquí vemos, por lo pronto, su sombrero de paja con cinta negra cayéndole por detrás. ¡Qué graciosa! No tienen sus rodillas ni un raspon, ni un araño, ni sombra de tierra. ¿Y voy a dejar su aire de mosquita muerta, la manera de hablar, parecida a un principio de llanto?

Bueno. Pues hemos llegado al "especiero", este árbol que da unos racimos de bolitas encarnadas. Macario, encaramado a lo más alto desde el primer instante, grita con todos sus pulmones:

—¡Eh! ¿A que nadie ve el molino? ¿A que no saben por dónde viraron las aspas? ¡Hola! ¡Tres guirres por la montaña de la Pasadita! ¡No, cuatro!

Nadie se cuida de él. Yo debí seguir su ejemplo en busca de rasgones en la ropa y de un observatorio para el contorno. ¡Ya me es lo mismo dejar de saborear el alcance de mi vista y de llevarla por un puente invisible y pasando hasta los montes del Fraile, los mayores! (Sobre uno de ellos se hallará la cruz que plantaron unos misioneros, cruz solitaria donde la neblina se estropea al pasar de prisa, donde descansarán las palomas salvajes). ¿Se acabó mi admiración por todo esto? Debe ser

verdad. No me muevo del lado de Anita. Creo que estoy empezando a quererla mucho. Puedo tener la seguridad de que su marcha de hoy habré de sentirla como nunca.

En cuanto se presente ocasión buena, le largaré la pregunta, así, de sopetón:

—Anita, ¿quieres ser mi novia?

Y me supongo. Se volverá roja como una amapola, no acertará a levantar los ojos. ¿Y si se marcha corriendo lejos de mí a esconderse avergonzada?

Macario no puede estar quieto. Ha bajado. Cuenta no sé qué noticias del campanario de piedra obscura. Habla de unas manchas como de ropa tendida en el pico del Mojón, y que, según me han dicho, es el lugar donde anidan los cuervos. De repente, poniendo los ojos pícaros, me llama.

—Oye. Ven, que te voy a decir un secreto

Nos separamos de ellas, bajando la pared hasta la otra gavia, y añade triunfalmente:

—¿No sabes una cosa? Mi hermana quiere ser tu novia. Me lo dijo anoche.

El vino.

He visto amanecer los buenos días.

Ahora que no tengo necesidad, me levanto con los gallos, desentumezco mis ojos y salgo a prisa por contemplar cómo nacen las mañanas de vacación. Además de considerar el levantamiento del sol de julio, sol que dicen surge del mar, tal vez mojado, acaso chorreando los montes, mi intento al madrugar quiere alargar la duración de cada jornada y palpar con mayor detenimiento la libertad de la escuela.

¿Habrá quedado era sin visitar por mí? En todos los trillos que realizan viajes redondos sin fin sobre las parvas, allí puse yo mi ciencia, se me veía orondo, se me distinguía por el sombrero de palma que ayuda a hacer sudor.

Ayer... ¿Qué me sucedió ayer? Tras las tuneras donde el señor Justo Nolasco realiza la faena de trillar su cosecha estuve hasta no sé cuando.

Las mujeres y los hombres daban vuelta al trigo continuamente, se reían, se decían gracias, refrescaban con vino... Yo tuve también mi vaso. Y pronto se me fué evaporando la vergüenza, que rara vez me abandona.

¡Go... jó. Lucero...! ¿Estás cansado? ¡Go... jó! Siempre a echarse fuera!

Y sin piedad hincaba en las ancas del pobre buey el aguijón de hierro. El olor de la paja y del polvillo se me hizo más intenso, más querido, hasta el punto de trabajar la mies

como si fuera cosa propia. Ya no me molestaba el tamo que venía a parar, quieras que no, entre camisa y espalda. Se fueron alejando, obscureciendo, todos los que alrededor contribuían a que aquello saliera adelante, y una alegría nueva, estrepitosa, parecía zangolotearme sin piedad. Sin ser llamadas se acercaron a la era del señor Justo todas las bellas cosas que constituían mi adoración. ¿Era posible? Vi al borde mismo, sobre los cardos reseco, aquel montón de geranios de mi tía Julia, como si hubiese abandonado su pozo de allá y su amistad con las ranas. Geranios gigantescos, de flores anchas y redondas como mi sombrero. Noté de pronto la presencia del campanario con "María" y "Rosario" repicando solas en el centro de la parva, al alcance de mi mano. Y yo no podía moverme. Formaba como una pieza maciza con la madera del trillo. Sobre mi cabeza, sin yo tener que mirarlo, balanceábase la vara claveteada, apuntando a todos los lugares del cielo y de la tierra. Y en una ocasión, cuando más se inclinó, pareció señalar el camino de la Rosa Ucala... ¡Je! ¿Ven ustedes? Me bastó desearlo para en seguida tener sentados conmigo a Macario y Anita. El, detrás, hablando mucho, como siempre. Decía:

—Voy corriendo, corriendo... ¿Adónde? A ver a mi amigo Cesáreo, el novio de mi hermana... ¿Adónde? A leer en mi *Deberes* subido en lo más alto del especiero.

Ella, sobre mis piernas, delante de mí, muy junto a mí, cantando canciones que hinchaban mi corazón. Pronto yo fui un corazón inmenso vibrando entero al roce con su voz.

¡Hola! No cuento más. Mi padre se está acercando despacio y con ceño fruncido, como cuando acaba de levantarse de la cama. Algo va a decirme. Debe tratarse de cosa seria, pues lo conozco bien en tales casos. Aquí está.

—Oye. Como yo me entere de que vuelves a beber vino por ahí, te quito la cabeza.

Frase certera. En mi mente se ejecutaría así: un pescozón terrible... mi cabeza que sale disparada como una bala de cañón, que pasa por sobre las cimas de enfrente, que no se vuelve a ver más por los siglos de los siglos.

¿Pero es que el vino tiene que ver nada malo conmigo?

Santa Ana.

Pronto va a ser la fiesta de mi pueblo. Faltan siete días, que se irán volando. Ayudado por Antonio, el sacristán, acabo de po-

ner las cinco banderas de la torre que anuncian con sus colores la aproximación del buen suceso. Por lo menos, cuando desde lejos las estoy mirando volar con el viento, ya no me acuerdo de que yo mismo las coloqué atadas con hilo y vergas a la piedra negra de los pilares.

Creo algo así como si la fiesta fuese a venir por las puntas de los palos, atraída por ellos, y como si hubiera de llegar por caminos del aire, haciendo un viaje ya comenzado en la otra parte del horizonte. Cuando me venga a dar cuenta ya estará aquí, sobre la plaza, sin que yo haya presenciado el acto solemne de la llegada. En la mañana del día 26 la tendremos con nosotros, tal vez deslizada la noche de Santiago desde las banderas altas hasta la plaza y su arena. Las cajas de turrón ya abiertas, las hojas de palma rodeando la puerta mayor, cubriendo las alfardas enterradas, sostenedoras de más banderas. Mucha gente desconocida, endomingada. Caravanas de burros y camellos que paran aquí trayendo sombrillas abiertas para el sol, caras de mujeres y de niñas que gritan, caras de hombres vistas por primera vez. De Tefía, del Puerto, de Antigua, de Tuineje...

En mi casa debe presentarse también. El horno ya funciona guisando los bollos y el pan, haciendo perder el sueño a mi madre y a mis hermanillas. Las camas sobrantes de tía Julia se traerán acá para los forasteros. También, las sillas para el comedor, este lugar recién albeado que ha de convertirse en algo luminoso (el gran mantel, las flores, las bandejas, los frascos de licor).

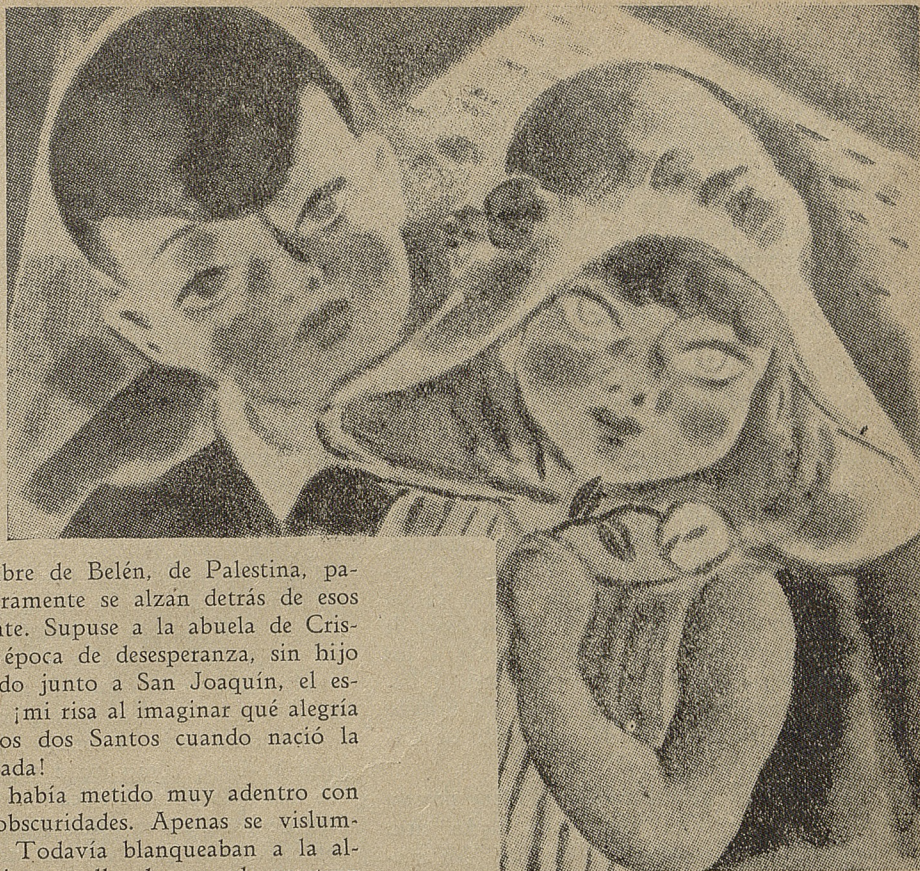
Se espera este año gran concurrencia. Llovió a tiempo. Se pudo sembrar con la tierra harta de agua. A esta altura, en toda la isla habrán recogido el pan, y, quién más, quién menos, tiene motivo para estar contento y acudir a dar gracias a Santa Ana, la viejecita. Tan viejecita, que se está cayendo a pedazos. Cuando ayer me subí al retablo para quitar el polvo, bien que lo noté. Algunos bordes se ven carcomidos. Por algunas partes ha aparecido el yeso blanco, descascarillada la pintura.

¡Si se hubiera contemplado con qué respeto pasaba el trapo sucio por la imagen! Desde abajo, sin mucho miramiento y casi gritando, Antonio se hacía el impaciente:

—Vamos, tú. Date prisa, que parece que estás pintando.

Yo no podía. Para acabar pronto era necesario golpear, despreocuparse uno de lo que tenía delante. Pero el rostro surcado de arrugas, nobilísimo, las vestiduras sabiamente plegadas, la actitud protectora para la Virgen

muy niña, todo el conjunto, era bastante para imponerme un religioso temor. En este punto recordé lo que cuenta mi Historia Sagrada. Mi alma, ayudada por el silencio, se volvió hacia la parte de las visiones, y



surgió el nombre de Belén, de Palestina, parajes que seguramente se alzan detrás de esos cerros de oriente. Supuse a la abuela de Cristo en aquella época de desesperanza, sin hijo alguno, llorando junto a San Joaquín, el esposo. Y luego, ¡mi risa al imaginar qué alegría no sintieran los dos Santos cuando nació la Niña predestinada!

La tarde se había metido muy adentro con sus primeras obscuridades. Apenas se vislumbraba el coro. Todavía blanqueaban a la altura de mis ojos aquellos huecos de avestruz vacíos que caían sobre todas las lámparas colgadas, adorno puesto por el cura anterior. Daban ganas de sentarse para proseguir la tarea con todo primor. Así lo hice, estremeciéndome con la idea de que por un buen milagro aquella mano protectora de María se posara en mis cabellos de un momento a otro, igualándome a su bienaventuranza sin final. Pero me dormí dulcemente. ¿Fui yo mismo o la propia Santa quien cerró mis párpados? ¿No se habría realizado el prodigio sin yo sentirlo?

Al despertar se oía abajo el rumor de la novena. Nadie podía verme, nadie era capaz de suponer que yo pudiera estar allí, tan alto, tan cerca de Dios, del techo obscuro, de las vigas, de las pelotas caídas sobre la capilla...

Los molinos.

Mi padre no ha regresado de Los Molinos, un sitio del otro lado de la isla de Fuerteventura, donde hay playa, abundante pesca y muchísimo marisco. Hay que saber que mi padre es gran amigo del mar. Cuando más tranquilo lo creemos y cuando todo el mundo se ha olvidado de olas, riscos y arena, empieza

él a la callandita sus preparativos para marchar de madrugada por esos caminos de Dios, rumbo a las lapas y mejillones, que llenarán las rocas, para aprovechar las mareas... Puro gusto casi siempre. Esta vez, porque haya marisco en nuestra mesa el día de Santa Ana.

Los Molinos es su lugar de peregrinación. Todavía no me he podido enterar de la razón que explique el nombre de tal paraje. ¡Cualquiera supondrá un lugar donde se encuentre en movimiento una multitud de aspas! Pues se equivocan. No se ve ni una, ni para qué. Porque allá por el invierno, sería un milagro hallar allí un pescador todavía esperanzado en una noche de fortuna para su barquillo. Se pone el mar de una forma...

Pero en esta época ya se pueden contar como una docena de lanchas varadas. A un lado del barranco, las casuchas de la triste gente recién llegada para bregar. Al otro, tres casitas blancas. A ellas vienen a parar otras tantas familias que en agosto se pasan veinte días en darse los baños. Buen tiempo entonces. Doña María, nosotros y don Claudio, el del Puerto, con su gente, llegamos a esperar que no se acabe nunca esta temporada. La me-

sa se pone común para todos sobre una camada de sable finísimo, delante de cualquiera de las puertas. Los chicos después del baño de la mañana, subimos ladera arriba hasta por la otra banda para poder mirar el agua del fondo, que parece no sonar, sino hacer espuma. Otras veces volvemos cargados los bolsillos de conchas o los hombros de aulagas y matos para el fuego. Hubo un día en que hasta nos atrevimos a poner el pie en el umbral de aquella cueva alta donde paran las gaviotas y donde cuentan que apareció muerta una mujer.

Ya iremos. Dejen que pase el ajetreo de la fiesta. Para entonces me tocará ir montado en la cruz de una silla camellera, con mi almohada debajo, despidiéndome de todo esto: torre, viviendas, cementerio, gavias, montañas. A la izquierda, mi madre. A la derecha, señor Luis, el amo de nuestra cabalgadura, ocupando ambos las andillas. Y delante y detrás de nosotros más camellos con la carga, con el resto de mi familia. Pasaremos cerca de Güito con su perro. Pasaremos frente a los manantiales del corazón de las vertientes. Y llegará un momento en que, al echar un vistazo atrás, no quede ni rastro de mi pueblo de Casillas del Angel.

Pero, bueno, ¿y mi padre? ¿Habrá pasado algo? ¿No se habrá metido en algún sitio peligroso? ¿Qué cosas se me ocurren! Mi madre es igual. Siempre le da por pensar lo malo... ¿También él tiene unas cosas...! ¿Qué necesidad tenemos, gracias a Dios, de ese serón de lapas que es seguro traerá a casa? Los forasteros quedarán satisfechos sin eso, cosa en que no pensarán siquiera. Algunos (lo he oído contar) no son ni conocidos. Llegan al pueblo. Como ven entrar tanta gente a la hora del almuerzo, se mezclan con ellos, pasan, se sientan a la mesa y se dan el gran hartazgo. Mis padres los creen amigos de sus amigos. Estos, que piensan a su vez en que tales entrometidos sean convidados de la casa. Y así transcurre el tiempo, se come, se habla, se discute, se terminan las viandas, hasta que comienza el desfile, donde forman lindamente los huéspedes por fuerza, acaso bendiciendo a la Divina Providencia por fonda tan barata. Entonces mi padre suele preguntar:

—Dígame, compadre Alonso: ¿quién era ése que estaba a su derecha?

Y la respuesta del interrogado:

—Eso mismo digo yo. ¿Quién era?

Nostalgia.

A pesar de todos los propósitos, volví esta mañana a Ampuyenta.

Quise encomendar a Aurelia, ya que no hace nada, un asunto importantísimo para mí. ¿O es que ha de portarse uno como cualquier desagrdecido? No. Yo le debo a Anita Marichal un regalo, y como precisamente va aproximándose su día, mi hermana se encargará de hacer una gran muñeca, con tela de colores, destinada a aquélla.

¡Cuánto me acuerdo de Anita! ¡Mire usted que no poder verla desde hace tanto tiempo siendo su novio! Su novio... Cuando pronuncio esta palabra o cuando sólo la pienso, me vuelvo serio, serio, y siento un no sé qué rebullir repentino, como de sorpresa. ¿No podría ser que me determinara a cruzar esa vereda tendida hasta su cortijo lejano? ¡Qué alegría le daría, cómo iba a recibirme Macario! No han sido pocas las ocasiones en que me invitó de parte de su madre, esa señora que no conozco, pero que debe ser tan buena y cariñosa como sus hijos.

¿Qué hará ahora esa niña? ¿Seguirá visitando de azul? ¿Hablará todavía como antes, de aquel modo lloroso y dulce que tanto me agrada? Estoy enternecido. Su imagen supo buscarse un buen lugar interior para hacer un juego armonioso en mi corazón... ¿Y qué es mi corazón pensando en ella? Un pájaro. Un pájaro saltará a quien oigo cantar muy bajito para que nadie oiga fuera mis dulzuras de enamorado.

Ahora es la hora en que más pesa todo esto sobre mi pecho de chiquillo. Cae el sol amarillento, pareciendo romper en pedazos todos los cristales que alcanza. Un sol que se derrama por los pelados lomos de Tefía y que, a más de poner tristes las cosas de mi pueblo y de hacer nacer a cualquier pared sombras prolongadas muy lejos, también se empeña en darme un rato de melancolía. En vano respiro fuerte. Este anochecer callado no me deja tranquilo, me obliga a olvidar mis vacas de madera, mis angarillas de juguete, las estampas, los boliches... Debe haber por ahí, en el aire, en el poniente enrojecido, alguna cosa que tira de mi ánimo. Acaso sean esas mismas sombras largas, las que quieren arrastrar las

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
PARA CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO**

cosas hasta el confín del mundo. ¿Largas dije? Véase la de mi casa. Nació al pie del muro, fué andando, pasó al cercado donde el paciente burro Juan está atado largo, saltó las gavias del señor Rafael Araya, brincó al callejón. ¿Creen que se detuvo? Mentira. Tapó la vivienda de los Morales, las higueras blancas, las tierras sembradas de detrás y acaba por verse subiendo como un lagarto berrendo por el frente de la casa de doña Isolina Fleitas, aquella morada de donde no podrían oírme un sílbo.

En la Rosa pasará igual. Mi Anita, la buena, la de manos chiquitas y como de seda, también ha de sentir estas cosas del sol marchándose y del anuncio nocturno. Sus palomas (un montón, según me ha contado), ya deben tener hechos sus vuelos y arrullarán recogidas. ¿Dónde pone ella su pensamiento? Si ríe, ¿no es que se acuerda de mí? ¡Oh, Señor, que sea verdad, que lo que yo imagine se cumpla allá al pie de la letra, de acuerdo con mis ansias.

¡Qué hoguera voy a hacer mañana, la víspera tan aguardada! Una hoguera tal, que su humo y su resplandor admire a todos los pagos en diez leguas a la redonda. Y allá... ¡que piensen la mano que la encendió!

La forastera.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hice? ¿Tanto esperar la solemnidad para venir a contemplarme en esta situación? ¿Qué tengo? Sin alegría, sin mis juegos, en la actitud traidoramente adormecida que me domina, ¿qué va a ser de mí, Señor?

Pasó la fiesta mayor de Casillas. Muchos sucesos, muchas cosas nuevas. El trajín de la casa, la muchedumbre en la plaza adornada, la función solemne, la salida de la Santa, los cohetes, el bullicio, los bailes, las parrandas... Como recuerdo feo y pisoteado yacen aquí y allá las secas hojas de palma, los aritos del turrón. Pasó todo. Pero para mí quedó esta congoja que tan pronto me dice "ríe" como me dice "llora"... Y si voy a pensar, nada ha sucedido, nada. Que vino a mi casa don Claudio, el del Puerto. Que trajo a sus dos hijas. Que todavía los tenemos aquí. ¡Pero aquella Luisita, la más alta, veinte años primorosos...! ¿Se ha visto algo tan lleno de ternura como su rostro pálido? ¿Qué mirada puedo recordar que se compare a la de sus ojos, fuentes de misteriosa sombra?

Y me he enamorado...

¿Quién me mandó hacer eso? ¿Quién me arrastró tan poderosamente hasta ella, sin pensarlo, sin temerlo? ¿Por qué este deseo, este raro desenfreno que me lleva a querer fundirme en su figura para ir siempre en su corazón, despreciando al mío, para sentirme ángel, cielo, sonrisa, felicidad? ¡Oh, señores! Yo rocé su vestido y creí tocar el Paraíso... Yo la conduje a todos los lugares de mi pueblo, donde ella indicó, pero siempre llevando mi menguada mano en la suya, delicada, blanquísima... ¡Ella me ha hablado con una suavidad transportadora! ¡Y acarició mis mejillas! ¡Y besó mi turbada frente!

Tú, Anita, niña de la Rosa Ucala, ¿qué vas a decir de mí? ¿Cómo volveré a presentarme ante tu voz en llanto el día en que de nuevo aparezca la sonrisa y vuele dulcemente el trajecito azul? ¿Sabes, oye, sabes que no te puedo querer más, nunca más?

¡Ay de la pobre muñeca de trapo arrinconada en la dispensa! ¡Pobre regalo que no salió a su destino y a quien desgarrarán mis hermanas cualquier día! No quiero verte. No quiero sentir en mi rostro avergonzado esa mirada que me preparas para cuando yo entre, mirada de tus ojos fríos, única que tienes, y en la que por fuerza estarás poniendo el menosprecio más profundo...

Un incendio puede transformar en ruina su prosperidad de hoy

SEA PREVISOR

Y

Asegure sus muebles, edificio o cualquier otro efecto en las Compañías Nacionales de Seguro:

LA REPUBLICA
LA ESTRELLA
LA CORDILLERA
LA INDUSTRIAL
LA MINERVA

Contra riesgos de incendio, Accidentes del Trabajo, Lucro Cesante, de Transportes, sementeras.

Capital y Fondos: \$ 15.000.000

SANTIAGO

Agustinas 1137 -:- Teléfono 83920
Casilla 493

Gerente: LUIS KAPPES G.

O. 239.—V. 15.

El obsequio.

Vengo a refugiarme en la gañanía. Debo traer la cara ardiendo y noto que mi respiración se ha vuelto rápida y amedrentada desde allá a aquí, con ser tan poco trecho. ¿Qué pensará de este chico atrevido? ¿Qué habrá dicho?

Porque como ayer hubo bautizo y el padrino me dió unas perras, las empleé en una postal. La quería para regalársela a Luisita, después de poner una dedicatoria que había visto:

Por ser la primer postal
que de mi mano recibes,
guárdala en tu corazón
para que nunca me olvides.

Y acabo de entregársela aprovechando la ocasión en que veníamos juntos y solos, después de la misa. Lo había pensado mucho, no me decidía. Cuando estaba revestido ayudando al Cura ya no podía sentir el orgullo de hallarme allí, en tan alta función como la mía, ni aun pude pensar en que ella también me contemplaba. Atendí únicamente a mi congoja interna, la que me ataba el atrevimiento por

lo que acabo de hacer. No olvidaba las burlas de quien pudiera enterarse, ni el bochorno que experimentaría ante mi padre cuando estuviese ya noticioso del asunto. . . Cruzado de brazos, fingiendo atender al Santo Sacrificio, mi mano derecha no se apartaba del lugar dentro de la marinera donde descansaba el sobre con mi pretendido obsequio. Y me distraía. Y no me dejaba estar la inquietud.

Pero se acabó. A lo hecho. . . Sólo me conturba esta reflexión desconsoladora: ¿cuándo sonará en la sala el alboroto de las risas encendidas a mi costa?

La amargura.

Diez días tristes, tristes. "Ellos" se fueron. La fiebre me ha consumido mucho y tarde podré abandonar la cama. Me llega el rumor de mi escuela, como llamando "Ellos" se fueron. . . Sí. Estoy enfermo, muy enfermo. . .

Angel Acosta.

(Dibujos de Souto).



RECURRA A LA

LIBRERIA LETRAS

para obtener

las **MEJORES OBRAS**

de **LOS MEJORES AUTORES**

por **LOS MEJORES PRECIOS**

Además, completo surtido de artículos en blanco y de escritorio.

Visite sin compromiso la

LIBRERIA LETRAS

EL HOMBRE DE ESTADO. . .

(Viene de la pág. 5)

preciables de cierta Prensa, no es para ellas un inconveniente. Ningún hombre de honor debe temer el momento de rendir cuentas.

Suele preguntarse a veces si al dedicarse una persona a la política corre el peligro de matar sus ideales. Yo pienso que para realizar una obra que valga la pena es necesario admitir la posibilidad de un compromiso entre los principios y los actos. A condición, dicho está, de no conceder nunca nada a la falta de probidad, al capricho o a la incuria.

La política consiste en una serie de resoluciones particulares que deben ser adoptadas en beneficio de los intereses públicos.

Por lo que a mí se refiere, si aún me reservase el destino consagrar a la política la mayor parte de lo que me resta de vida, lo aceptaría gustosamente. Pondría en ello el mismo entusiasmo que cuando desempeñé mi primer cargo público. Y quizá en mayor medida.

Gente Nuestra

Pablo Garrido, músico de avanzada

Por LUIS ENRIQUE DELANO

Los lectores de esta revista conocen algunas correspondencias que nos envió de Europa el músico chileno de avanzada Pablo Garrido. Llegado al país, Pablo cuenta muchas cosas interesantes de su viaje. Conozcamos sus impresiones al mismo tiempo que algunos rasgos de su destacada personalidad.

PABLO Garrido conserva una fotografía que le tomaron a los seis años y que marca bien claramente su destino. Aparece en ella con una partitura en una mano y un bastón en la otra. Su temperamento y su profesión de músico están simbolizados por esa partitura. El bastón es el que Pablo llevará toda la vida, para ayudar con su esfuerzo a la pierna articulada que reemplaza a su pierna natural, que un tranvía le cercenó hace ya muchos años.

Pablo Garrido nació en Valparaíso, hace poco menos de 28 años, de una familia de artistas. Su padre pintaba grandes y pequeños cuadros, usaba macfarlán, amplio chambergo y corbata flotante como una bandera. Garrido recuerda hoy que a veces lo sorprendía sentado al piano, ejecutando unas arias de aquel tiempo, dulces y líricas, que debían ser de Bellini o de Rosini. Su madre tocaba cuanto instrumento le caía en las manos y fué ella quien le hizo subir y bajar las escalas musicales, por primera vez. Juan y Raúl, sus hermanos, tienen tanto nombre como Pablo. El primero, compositor frívolo, vive en México. Raúl estudia en Valparaíso, se rebela, perfecciona su arte.

En cuanto a Pablo, jamás estudió música con método. Tiene una disciplina propia que lo autoriza para ser rebelde con los viejos sistemas de enseñanza. Ya a los 11 años, en el Colegio Mackay, se llevaba todos los premios en los certámenes anuales de interpretación musical. A los 20, Pablo empezó a escribir sus primeras composiciones. Alentado por Alfonso Leng, en 1922, entró de lleno a las tareas de componer y de formarse una cultura musical moderna. Pocos músicos chilenos podrían exhibir la que Garrido posee hoy.

Las nuevas formas del arte lo entusiasmaron. De su encuentro con el poeta Neftalí Agrella nació la idea de publicar una revista de arte futurista y dar una velada. Esta se realizó en 1925, en Valparaíso, y en ella Garrido dió a conocer su "Raid en góndola", pieza

muy distinta por cierto de lo que hace ahora. La incomprensión lo rodeó como una ola, lo mismo que a Agrella. Con ese poeta, Garrido se propuso más tarde realizar un movimiento para orientar el arte chileno hacia lo nativo: lo araucano. Fracasaron por la falta de cooperación de los artistas. Ahora, nos dice Pablo, he tenido el júbilo de saber que Remigio Acevedo, hijo, Juan Casanova, Allende y el pintor Carlos Isamitt han logrado realizar obra apreciable en este sentido.

Lo que Garrido ha visto bajo los techos de París

Ahora Garrido viene de regreso de un viaje a París, desde donde envió algunas correspondencias a "Lecturas", sobre música, sobre arte en general. Primero Sudamérica, luego la Europa, Madrid, París, los altos centros de arte.

—Me he encontrado con que los músicos— dice Pablo — siguen lo mismo que antes. Se ignora aquí que Schomberg y Strawinsky han llevado al tapete artístico un juego nuevo y transcendental. Se ignora la intromisión de la música en la mecánica eléctrica. Se desconoce la insuficiencia del sistema temperado, la necesidad vital de crear un laboratorio para experiencias radio-eléctricas.

Probablemente esto signifique — agrega — la desaparición de los instrumentos hoy día ridículamente atrasados. ¿No comprende Ud. que un violín sin sufrir modificación alguna durante cerca de 250 años, pasa a ser algo fantásticamente anormal? Piense Ud. un poco y recorra los progresos que se han realizado no sólo en la música, sino en todo el arte y en la vida misma durante esos dos siglos y medio, y advierta entonces la triste condición no ya del violín y de tantos otros instrumentos temperados.

El único músico chileno de verdadero y sólido prestigio en el extranjero es Acario Cotapos, que no sólo es el autor de la "fantasía

para piano" que Juan Reyes ha grabado en discos y que Arrau y Palacios han ejecutado aquí y en el extranjero; en su obra sinfónica está lo más importante. Yo le conocí en París "Phillip l'arabe", "Preludios" y "Voces de gesta", obra de gran aliento, solistas, coro, orquesta, que gira en torno del bello libro de don Ramón del Valle Inclán. Eso es sencillamente magnífico. Créame, Cotapos es lo mejor que tenemos en músicos.

—Bueno. Hábleme de lo que hizo Ud. en Europa, en cuanto a arte.

—Bien poco fué. Trabajé en tres fantasías para orquesta, que merecieron el visto bueno de Ernest Ansermet, el célebre director de orquesta suizo, a quien Strawinsky dedicó su Sinfonía de los Psalmos. Además musicalizé algunos poemas de Baudelaire, Paul Elouard y Vicente Huidobro.

Fué este último escritor chileno quien me presentó en los círculos de arte de París. Por su intermedio conocí a Ansermet y a mucha otra gente interesantísima. Antes de venir, Vicente estaba muy preocupado de los problemas sociales. Una noche, en Montparnasse, recuerdo, hablábamos de sociología, Vicente, Maruja Mallo, pintora española, César Vallejo, expulsado de París y del Perú, su patria, por ser comunista; Delia del Carril, Marcelle Auclair, Pepe Aguilar, del Cuarteto Londres, y yo, Sondeando en los pozos de la sabiduría sociológica actual, llegamos hasta un silencio profundo, mucho más elocuente que las palabras.

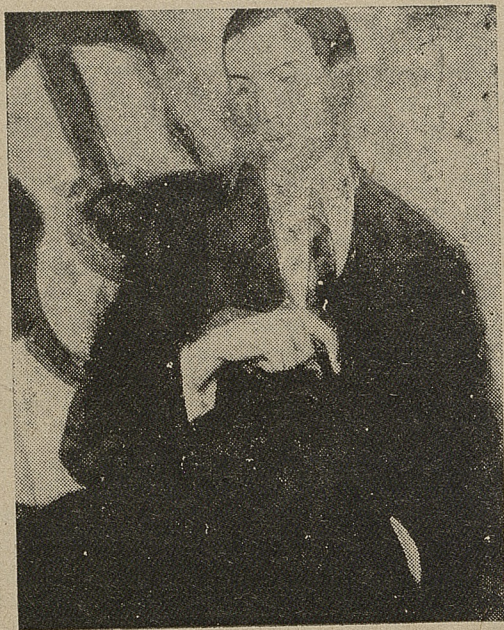
Su paso por España

Garrido pasó por España deteniéndose en las ciudades más importantes, para conocer los movimientos artísticos notables. En la Academia de San Fernando, escuchó la voz cálida y amable de Augusto D'Halmar, quien daba unas charlas muy suyas, sobre capitanes sin barco.

En Madrid convivió con los artistas peninsulares y con los latino americanos.

—Entre ellos, dice Pablo, se destaca el músico peruano Raúl Verneuil, que me llamó profundamente la atención. Sus composiciones tienen la macizez de los incas, trashuman el yaho cuzqueño, el color cholo, el lirismo de los amautas. Su ballet "La fiesta del Maíz", que ya debe haber estrenado la Filarmónica de Madrid, destila el calor de su clima musical, rudo, macizo, enervante, en ritmos que evocan el camino del inca, en líneas que recuerdan los bellos huacos, en perfumes que lloran las sierras.

Entre la juventud madrileña, me interesaron principalmente Rodolfo y Ernesto Haefter, Pérez Casas, Fernández Arbós. Y entre los músicos franceses Edgard Varese, un revolucionario que llegará muy lejos; Gaillard, Arthur Lourié, Paul Le Flem, el autor de la "Sinfonía Dialéctica"; Alejo Carpentier, etc.



Pablo Garrido

Chilenos en París

—En cuanto a los chilenos — continúa Pablo Garrido — hay muchos que ocupan una situación artística preponderante, como Ortiz de Zárate, Lucho Vargas Rozas, renovador de la pintura; Camilo Mori, que fué nombrado miembro del jurado del último Salón

de Otoño de París; Huidobro, de prestigio ya sólidamente fundamentado; Lila Cerda, que cuando me vine ensayaba para un recital en la Salle Gaveau; Laura Rodig, Marta Vergara, Alvaro Guevara, pintor porteño originalísimo, y otros.

Proyectos de Pablo Garrido

—¿Y cuáles son sus proyectos, camarada Garrido?

—Por ahora descansar un poco. A Carvajal le he entregado mi "Fantasía submarina", que está por estrenarse en Europa y a Nascimento un libro sobre la música de vanguardia, que

(Termina en la Pág. 42)

EL CUENTO NACIONAL

E L P A G O

Por BALDOMERO LILLO

En este cuento Baldomero Lillo quiere significar el abuso de los jefes y capataces de las minas con los pobres trabajadores. Es el drama de un hombre que se esfuerza por ganar dinero y cuando el día del pago llega, no recibe un centavo, en tanto su mujer y sus hijos tienen hambre.

PEDRO María, con las piernas encogidas, acostado sobre el lado derecho, trazaba a golpes de piqueta un corte en la parte baja de la vena. Aquella incisión que los barreteros llaman *circa* alcanzaba ya a treinta centímetros de profundidad, pero el agua que se filtraba del techo y corría por el bloque llenaba el surco cada cinco minutos, obligando al minero a soltar la herramienta para extraer con ayuda de su gorra de cuero aquel sucio y negro líquido que escurriéndose por debajo de su cuerpo, iba a formar grandes charcas en el fondo de la galería.

Hacia algunas horas que trabajaba con ahínco para finiquitar aquel corte y empezar la tarea de desprender el carbón. En aquella estrechísima ratonera el calor era insoportable. Pedro María sudaba a mares y de su cuerpo, desnudo hasta la cintura, brotaba un cálido vaho que con el humo de la lámpara formaba a su alrededor una especie de niebla cuya opacidad, impidiéndole ver con precisión, hacía más difícil la dura e interminable tarea. La escasa ventilación aumentaba sus fatigas, el aire cargado de impurezas, pesado, asfixiante, le producía ahogos y accesos de sofocación y la altura de la labor, unos noventa centímetros escasos, sólo le permitía posturas incómodas y forzadas que concluían por entumecer sus miembros, ocasionándole dolores y calambres intolerables.

Apoyado en el codo, con el cuello doblado, golpeaba sin descanso y a cada golpe el agua de la cortadura le azotaba el rostro con gruesas gotas que herían sus pupilas como martillazos. Deteníase, entonces, por un momento, para desaguar el surco y empuñaba de nuevo la piqueta sin cuidarse de la fatiga que engarrotaba sus músculos, del ambiente irrespirable de aquel agujero, ni del lodo en que se hundía su cuerpo, acosado por una idea fija, obstinada, de extraer ese día, el último de la quincena, el mayor número posible de carretillas; y esa obsesión era tan poderosa, absorbía de tal

modo sus facultades, que la tortura física le hacía el efecto de la espuela que desgarró los ijares de un caballo desbocado.

Cuando la *circa* estuvo terminada, Pedro María, sin permitirse un minuto de reposo, se preparó inmediatamente a desprender el mineral. Ensayó varias posturas, buscando la más cómoda para atacar el bloque, pero tuvo que resignarse con la que había adoptado hasta allí, acostado sobre el lado derecho, que era la única que le permitía manejar la piqueta con relativa facilidad. La tarea de arrancar el carbón, que a un novicio le parecía operación sencillísima, requiere no poca maña y destreza, pues si el golpe es muy oblicuo la herramienta resbala, desprendiendo sólo pequeños trozos, y si la inclinación no es bastante el diente de acero rebota y se despunta como si fuese de mazapán.

Pedro María empezó con brío la tarea, atacó la hulla junto al corte y golpeando de arriba a abajo desprendiéndose de la vena grandes trozos negros y brillantes que se amontonaron rápidamente a lo largo de la hendidura, pero a medida que el golpe subía, el trabajo hacía muy penoso. En aquel pequeño espacio no podía darse a la piqueta el impulso necesario, estrechada entre el techo y la pared, mordía el bloque débilmente, y el obrero desesperado, multiplicaba los golpes, arrancando sólo pequeños pedazos de mineral.

Un sudor copiosísimo empapaba su cuerpo y el espeso velo que se desprendía de la vena, mezclado con el aire que respiraba, se introducía en su garganta y pulmones, produciéndole accesos de tos que desgarraban su pecho, dejándole sin aliento. Pero golpeaba, golpeaba sin cesar, encarnizándose contra aquel obstáculo que hubiera querido despedazar con sus uñas y sus dientes. Y enardecido, furioso, a riesgo de quedar allí sepultado, arrancó del techo un gran tablón contra el cual chocaba a cada instante la herramienta.

Una gota de agua persistente y rápida, co-

menzó a caerle en la base del cuello y su fresco contacto le pareció en un principio delicioso; pero la agradable sensación desapareció muy pronto para convertirse en un escorzor semejante al de una quemadura. En balde trataba de esquivar aquella gotera que, escurriéndose antes por el madero, iba a perderse en la pared y que ahora abrasaba su carne como si fuera plomo derretido.

Sin embargo, no cesaba con su tenaz empuño y mientras el carbón se desmoronaba amontonándose entre sus piernas, sus ojos buscaban el sitio propicio para herir aquel muro que agujereaba hacia ya tantos años, que era siempre el mismo, de un espesor tan enorme que nunca se le veía el fin...

Pedro María abandonó la faena al anocheecer, y, tomando su lámpara y arrastrándose penosamente por los corredores, ganó la galería central. Las corrientes de aire que encontraba al paso habían enfriado su cuerpo y caminaba quebrantado y dolorido, vacilante, sobre sus piernas entorpecidas por tantas horas de forzada inmovilidad.

Cuando se encontró afuera sobre la plataforma, un soplo helado le azotó el rostro y sin detenerse, con paso rápido descendió por la carretera. Sobre su cabeza grandes masas de nubes oscuras corrían empujadas por un fuerte viento del septentrión, en las cuales el plateado disco de la luna, lanzado en dirección contraria, parecía penetrar con la violencia de un proyectil, palideciendo y eclipsándose entre los densos nubarrones para reaparecer de nuevo, rápido y brillante, a través de un fugitivo desgarrón. Y, ante aquellas furtivas apariciones del astro, la obscuridad huía por unos instantes, destacándose sobre el suelo sombrío las brillantes manchas de las charcas que el obrero no se cuidaba de evitar en su prisa de llegar pronto y de encontrarse bajo techo, junto a la llama bienhechora del hogar.

Transido de frío, con las ropas pegadas a la piel, penetró en el estrecho cuarto. Algunos carbones ardían en la chimenea y delante de ella, colgados de un cordel, se veían un pantalón y una blusa de lienzo, ropa que el obrero se puso sin tardanza, tirando la mojada en un rincón. Su mujer, le habló entonces, quejándose de que ese día tampoco había conseguido nada en el despacho. Pedro María no contes-

tó, y como ella continuase explicándole que esa noche tenía que acostarse sin cenar, pues el poco café que había lo destinaba para el día siguiente, su marido la interrumpió, diciéndole:

—No importa, mujer, mañana es día de pago y se acabarán nuestras penas.

Y rendido, con los miembros destrozados por la fatiga, fué a tenderse en su camastro arrimado a la pared. Aquel lecho compuesto de cuatro tablas sobre dos banquillos y cubiertas por unos cuantos sacos, no tenía más abrigo que una manta deshilada y sucia. La mujer y los dos chicos, un rapaz de cinco años y una criatura de ocho meses, dormían en una cama parecida, pero más confortable, pues se había agregado a los sacos un jergón de paja.

Durante aquellos cinco días transcurridos desde que el despacho les cortó los víveres, las escasas ropas y utensilios habían sido vendidos o empeñados, pues en ese apartado lugarejo no existía otra tienda de provisiones que la de la Compañía, en donde todos estaban obligados a comprar mediante vales o fichas al portador.

Muy pronto un sueño pesado cerró los párpados del obrero, y en aquellas cuatro paredes reinó el silencio, interrumpido a ratos por las rachas de viento y lluvia, que azotaban las puertas y ventanas de la miserable habitación.

La mañana estaba bastante avanzada cuando Pedro María se despertó. Era uno de los últimos días de Junio y una llovizna fina y persistente caía del cielo entoldado, de un gris oscuro y ceniciento. Por el lado del mar una espesa cortina de brumas cerraba el horizonte, como un muro opaco que avanzaba lentamente tragándose a su paso todo lo que la vista percibía en aquella dirección.

Bajo el zinc de los corredores, entre el ir y venir de las mujeres y las locas carreras de los niños, los obreros con el busto desnudo, friccionábanse la piel briosamente para quitarse el tizne adquirido en una semana de trabajo. Ese día destinado al pago de los jornales era siempre esperado con ansia y en todos los rostros brillaba cierta alegría y animación.

Pedro María, terminado su tocado semanal, se quedó de pie un momento apoyado en el marco de la puerta, dirigiendo una mirada vaga sobre la llanura y contemplando silencioso la lluvia tenaz y monótona que empapaba el suelo negruzco, lleno de baches y de sucias charcas. Era un hombre de treinta y cinco años escasos, pero su rostro demacrado, sus ojos hundidos y su barba y cabello entrecanos, le hacían aparentar más de cincuenta.

Había ya empezado para él la época triste y temible, en la que el minero se ve debili-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

tarse, junto con el vigor físico, el valor y las energías de su efímera juventud.

Después de haber contemplado un instante el triste paisaje que se desenvolvía ante su vista, el obrero penetró en el cuarto y se sentó junto a la chimenea, donde en el tacho de hierro hervía ya el agua para el café.

La mujer, que había salido, volvió trayendo pan y azúcar para el desayuno. De menos edad que su marido, estaba ya muy ajada y marchita por aquella vida de trabajos y privaciones, que la lactancia del pequeñuelo había hecho más difícil y penosa.

Terminado el mezquino refrigerio, marido y mujer se pusieron a hacer cálculos sobre la suma que el primero recibía en el pago y, rectificando una y otra vez sus cuentas, llegaron a la conclusión de que pagado el despacho les quedaba un sobrante suficiente para rescatar y comprar los utensilios de que la necesidad les había obligado a deshacerse. Aquella perspectiva los puso alegres y, como en ese momento comenzase a sonar la campana de la oficina pagadora, el obrero se calzó sus ojotas y seguido de la mujer, que, llevando la criatura en brazos y el otro pequeño de la mano, caminaba hundiendo sus pies desnudos en el lodo, se dirigió hacia la carretera, uniéndose a los numerosos grupos que marchaban a toda prisa en dirección a la mina.

El viento y la lluvia que caía con fuerza les obligaba a acelerar el paso para buscar un refugio bajo los cobertizos que rodeaban el pique, los que muy luego fueron insuficientes para contener aquella abigarrada muchedumbre.

Allí estaba todo el personal de las distin-

tas faenas, desde el anciano capataz hasta el portero de ocho años, estrechándose unos a otros para evitar el agua que se escurría del alero de los tejados y con los ojos fijos en la cerrada ventanilla del pagador.

Después de un rato de espera el postigo de la ventana se alzó, empezando inmediatamente el pago de los jornales. Esta operación se hacía por secciones, y los obreros eran llamados uno a uno por los capataces que custodiaban la pequeña abertura, por la que el cajero iba entregando las cantidades que constituían el haber de cada cual. Estas sumas eran en general reducidas, pues se limitaban al saldo que quedaba después de deducir el valor del aceite, carbón y multas y el total de lo consumido en el despacho.

Los obreros se acercaban y se retiraban en



—Debemos tres pesos al despacho; la infeliz redobló su llanto.

silencio, pues estaba prohibido hacer observaciones y no se atendía reclamo alguno, sino cuando se había pagado al último trabajador. A veces un minero palidecía y clavaba una mirada de sorpresa y de espanto en el dinero puesto al borde de la ventanilla, sin atreverse a tocarlo, pero un "—¡Retírate!" imperioso de los capataces les hacía estirar la mano y coger las monedas con sus dedos temblorosos, apartándose en seguida con la cabeza baja y una expresión estúpida en su semblante trastornado.

Su mujer le salía al encuentro ansiosa, preguntándole:

—¿Cuánto te han dado?

Y el obrero, por toda respuesta, abría la mano y mostraba las monedas y luego se miraban a los ojos, quedando mudos, sobrecoídos y sintiendo que la tierra vacilaba bajo sus pies.

De pronto algunas risotadas interrumpieron el religioso silencio que reinaba allí. La causa de aquel ruido intempestivo era un minero que, viendo que el empleado ponía sobre la tablilla una sola moneda de veinte centavos, la cogió, la miró un instante con atención como un objeto curioso y raro, y luego la arrojó con ira lejos de sí.

Una turba de pilletes se lanzó como un rayo tras la moneda que había caído, levantando un ligero penacho en mitad de una charca, mientras el obrero, con las manos en los bolsillos, descendía por la carretera sin hacer caso de las voces de una pobre anciana que, con las faldas levantadas, corría gritando con acento angustioso:

—¡Juan, Juan!, pero él no se detenía y muy pronto sus figuras macilentas, azotadas por el viento y la lluvia desaparecieron arrastradas, a lo lejos, por el torrente nunca exhausto del dolor y la miseria.

Pedro María esperaba con paciencia su turno, y cuando el capataz exclamó en voz alta:

—¡Barreteros de la Doble!, se estremeció y aguardó nervioso, con el oído atento, a que se pronunciase su nombre; pero las tres palabras que lo constituían no llegaron a sus oídos. Unos tras otros fueron llamados sus compañeros y al escuchar de nuevo la voz aguda del capataz que gritaba:

—¡Barreteros de la Media Hoja!, un calo-

frío recorrió su cuerpo y sus ojos se agrandaron desmesuradamente. Su mujer se volvió y le dijo, entre sorprendida y temerosa:

—No te han llamado. ¡Mira! Y como él no respondiese empezó a gemir, mientras mecía en sus brazos al pequeño que, aburrido de chupar el agotado seno de la madre, se había puesto a llorar desesperadamente.

Una vecina se acercó:

—¿Qué no lo han llamado todavía?

Y como la interpelada moviese negativamente la cabeza, dijo:

—Tampoco a éste, señalando a su hijo, un muchacho de doce años, pero tan paliducho y raquítico que no aparentaba más de ocho.

Aquella mujer, joven viuda, alta, bien formada, de rostro agraciado, rojos labios y blanquísimos dientes, se arrimó a la pared del cobertizo y desde ahí lanzaba miradas fulgurantes a la ventanilla, tras la cual se veían los rubios bigotes y las encarnadas mejillas del pagador.

Pedro María, entre tanto, ponía en tortura su magín haciendo cálculos tras cálculos, pero el obero, como tantos otros que se hallaban en el mismo caso, echaba las cuentas sin la huésped, es decir, sin la multa imprevista, sin la disminución del salario o el alza repentina y caprichosa de los precios del despacho.

Cuando se hubo acercado a la ventanilla el último trabajador de la última faena, la voz ruda del captaz resonó clara y vibrante:

—¡Reclamamos!

Y un centenar de hombres y de mujeres se precipitó hacia la oficina, todos ellos estaban animados por la esperanza de que un olvido o un error fuese la causa de que sus nombres no aparecieran en las listas.

En la primera fila estaba la viuda con su chico de la mano. Acercó el rostro a la abertura y dijo:

—José Ramos, portero.

—¿No ha sido llamado?

—No, señor.

El cajero recorrió las páginas del libro y con voz breve leyó:

José Ramos, 26 días, a veinticinco centavos. Tiene un peso de multa. Queda debiendo cincuenta centavos al despacho.

La mujer roja de ira, respondió:

—¿Un peso de multa? ¿Por qué? ¿Y no son veinticinco centavos los que gana sino treinta y cinco.

El empleado no se dignó contestar y con tono imperioso y apremiante gritó a través de la ventanilla:

—¡Otro!

La joven quiso insistir, pero los capataces

**"PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.**

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO

la arrancaron de allí y la empujaron violentamente fuera del círculo.

Su naturaleza enérgica se sublevó, la rabia la sofocaba y sus miradas despedían llamas.

—¡Canallas, ladrones!, pudo exclamar después de un momento con voz enronquecida. Con la cabeza echada atrás, el cuerpo erguido, destacándose bajo las ropas húmedas y ceñidas los amplios hombros y el combado seno quedó un instante en actitud de reto, lanzando rayos de intensa cólera por los oscuros y rasgados ojos.

—¡No rabies, mujer, mira que ofendes a Dios! — profirió alguien burlonamente entre la turba.

La interpelada se volvió como una leona.

—¡Dios! — dijo; — ¡para los pobres no hay Dios!

Y lanzando una mirada furiosa hacia la ventanilla, exclamó:

—¡Malditos, sin conciencia, así se los traga la tierra!

Los capataces sonreían por lo bajo y sus ojos brillaban codiciosamente contemplando a la real hembra. La viuda arrojó una mirada de desafío a todos y volviéndose hacia su chico, que, con la boca abierta, miraba embebecido una banda de gaviotas que volaban en fila, destacando bajo el cielo brumoso su albo plumaje como una blanca cinta que el viento empujaba hacia el mar, le gritó, dándole un empujón:

—¡Anda, bestia!

El impulso fué tan fuerte y las piernas del pequeño eran tan débiles que cayó de bruces en el lodo. Al ver a su hijo en el suelo los nervios de la madre perdieron su tensión y una crisis de lágrimas sacudió su pecho. Se inclinó con presteza y levantó al muchacho, besándolo amorosamente y secando con sus labios las lágrimas que corrían por aquellas mejillas, a las que la pobreza de sangre daba un tinte lívido y enfermizo.

A Pedro María le había llegado el turno y aguardaba muy inquieto junto a la ventanilla. Mientrás el cajero volvía las páginas el corazón le palpitaba con fuerza y la angustia de la incertidumbre le estrechaba la garganta como un dogal, de tal modo que cuando el pagador se volvió y le dijo:

—Tienes diez pesos de multa por cinco de fallas y se te han descontado doce carretillas

que tenían tosca. Debes, por consiguiente, tres pesos al despacho.

Quiso responder y no pudo y se apartó de allí con los brazos caídos y andando torpemente como un beodo.

Una ojeada le bastó a la mujer para adivinar que el obrero traía las manos vacías y se echó a llorar, balbuceando, mientras apretaba entre sus brazos convulsivamente la criatura.

—¡Virgen santa, qué vamos a hacer!

Y cuando su marido, adelantándose a la pregunta que veía venir, le dijo:

—Debemos tres pesos al despacho; la infeliz redobló su llanto, al que hicieron coro muy pronto los dos pequeñuelos. Pedro María contemplaba aquella desesperación mudo y sombrío, y la vida se le apareció en ese instante con caracteres tan odiosos, que si hubiera encontrado un medio rápido de librarse de ella lo habría adoptado sin vacilar.

Y por la ventanilla abierta parecía brotar un hálito de desgracias, todos los que se acercaban a aquel hueco se separaban de él con el rostro pálido y convulso, los puños apretados, mascullando maldiciones y juramentos. Y la lluvia caía siempre, copiosa, incesante, empapando la tierra y calando las ropas de aquellos miserables para quienes la llovizna y las inclemencias del cielo eran una parte muy pequeña de sus trabajos y sufrimientos.

Pedro María, taciturno, cejijunto, vió alejarse su mujer e hijos, cuyos harapos adheridos a sus carnes flácidas les daban un aspecto más miserable aún. Su primer impulso había sido seguirlos, pero la rápida visión de las desnudas y frías paredes del cuarto, del hogar apagado, del chico pidiendo pan, lo clavó en el sitio. Algunos compañeros lo llamaron, haciéndole guiños expresivos, pero no tenía ganas de beber; la cabeza le pesaba como plomo sobre los hombros y en su cerebro vacío no había una idea, ni un pensamiento. Una inmensa laxitud entorpecía sus miembros y habiendo encontrado un lugar seco se tendió en el suelo.

Quando más tarde se despertó, los cobertizos estaban desiertos y las gotas de lluvia modulaban aún su alegre sinfonía, escurriéndose rápidas por el alero de los tejados.

ORO-PLATA

**COMPRAMOS AL MAS ALTO
PRECIO DE CHILE**

**MONEY EXCHANGE
BANDERA 220**

Recuerdo de "El Último Pelucón"

(Don ALBERTO EDWARDS)

Por ALONE

LOS plebeyos se irritan y los genealogistas sonríen cuando en Chile se habla de aristocracia y se citan ilustres antepasados: unos hallan injustos los privilegios del apellido, otros ridículos, comparándolos con las estirpes milenarias de Europa.

Claro que respetar a un tonto porque se llama así o así resulta tontería y, respecto a antigüedad, por algo somos del Nuevo Mundo y no del Viejo; pero ¿cómo entender profundamente a las personas y encajarlas en esa "Historia Natural de los espíritus" con que soñaba Saint-Beuve, sin acudir a la familia, a la raza, a la clase social, que son como una educación anterior a la educación y como hábitos mentales que se traen adquiridos?

Una gran parte de la definición de don Alberto Edwards, el ilustre escritor, el malogrado político, se puede leer inscrita en su ascendencia británica y la dan sus severos abuelos puritanos, gente de pensamiento, de estricto orden, que él que recordaba siempre, nunca para ostentarlo ni reclamar derechos, siempre para reconocer e imponerse deberes.

Oligarca de viejo cuño, gustaba firmar los artículos con que honraba a la prensa — que no le devolvía esas honras — con las iniciales "E. U. P.", El Último Pelucón.

Y asistía el derecho de hacerlo.

Renovaba en sus proceder sus virtudes legendarias, tenía sencillamente, gestos de antaño.

Durante uno de sus postreros viajes a Europa, el Gobierno le encargó una importante comisión en Inglaterra. Allí, como parece costumbre, cierta fábrica proveedora le dió un cheque por doscientos mil pesos en calidad de gratificación. A su regreso, junto con sus in-

formes, don Alberto entregó en arcas fiscales el cheque obsequiado.

Y no fué ciertamente de sus labios cómo lo supimos.

Nunca hablaba de sí mismo. Estaba demasiado lleno de ideas, de conocimientos, de datos sobre el mundo exterior para perder tiempo analizándose. Había leído prodigiosamente y su memoria era fabulosa. Daba la impresión de saberlo todo. En un rincón de su biblioteca, un largo anteojo ecuatorial apuntado al techo hablaba de sus curiosidades astronómicas. Poseía las matemáticas como un especialista y entendía y criticaba a Spengler. En Historia no se le escapaba un ápice. De un pequeño detalle actual saltaba a consideraciones generales, a hipótesis atrevidas, a leyes imprevisibles, y las apoyaba en citas, en anécdotas, en hechos precisos, con números y fechas, apuntando rasgos curiosos tomados de raras memorias. Sus conceptos personales acerca de cuestiones remotas más de una vez pusieron en apuros a algún interlocutor y de uno sabemos que siempre veía venir con temor "el Tratado de Westfalia":

—¿No cree Ud. que el período de estabilidad más largo de que la humanidad ha disfrutado es el que empieza con la Paz de Westfalia? Los hombres que vivían entonces podían considerar que el mundo estaba firme.

El matrimonio de la duquesa de Borgoña con Maximiliano de Austria lo preocupaba mucho y veía toda la serie de sus consecuencias, hasta el día de hoy. ¡Ah! esa boda funesta!

En los debates parlamentarios, en la discusión de leyes o reglamentos administrativos, la erudición de don Alberto Edwards aparecía de pronto con un aspecto bizarro.

Tratábase en cierta ocasión de la Ley de Matrimonio Civil. Don Alberto la censuraba. La creía inconsulta, sectaria, hiriente para el sentimiento católico. Copiada de la legislación francesa, está de acuerdo con los costumbres de Francia, que ve en el lazo conyugal un contrato basado en el interés; pero choca



Específicos del Laboratorio Chile

Los más seguros — Los más baratos — Los mejores

Jabón Boraxol, Agua Colonia Quimera

PÍDALOS EN TODAS LAS BOTICAS

V. 14.—O. 226

al alma española que hemos heredado, tan distinta, caballerisca, profundamente religiosa, movida por el sentimiento del honor, para la cual el matrimonio constituye ante todo un sacramento. ¡Apasionamiento de ideólogos que no miraban a la realidad y se guiaban por los papeles escritos! Para comprobar su tesis, deteníase en la calle y recitaba tiradas enteras

de Tirso o de Lope, luego, en francés, pasajes de Molière, un apóstrofe contra "el maldito día en que nos casamos y el Notario que nos unió".

—¿Ve Ud? En la imaginación de un francés, desde los tiempos de Luis XIV, cuando se habla del matrimonio, lo primero que surge es el Notario, no el Cura. Un español tendría otras asociaciones y nosotros también...

Así hasta sus notas administrativas y sus disquisiciones estadísticas — otra ciencia que dominaba — volvíanse materia viva, llena de interés y variedad, donde chispeaba el talento.

Era un soñador y el hombre más distraído del mundo; pero su ensueño tenía el carácter inglés, positivo, práctico. No divagaba poéticamente sobre cosas inútiles y bellas; inventaba hechos, combinaba intrigas posibles, creaba novelas policíacas complicadas. Escri-

bió algunas y las publicó en "Pacífico Magazine". Deberían recogerse en volumen. Carecemos demasiado de esa clase de literatura, para que las producciones de *Miguel de Fuenzalida* queden semi-inéditas en una revista antigua. Su teatro interior le hacían andar por las calles mirando al vacío, sin ver, y cometer divertidas equivocaciones. Cuando le nombra-



Don Alberto Edwards

SEÑORES AUTOMOVILISTAS:

Acudan al

GARAGE AURELIO POZO ROCUANT

Situado en: DELICIAS 1659 -- TELEFONO 65271

Encontrarán atención esmerada y personal competente.
ABIERTO DIA Y NOCHE

ron Director General de Estadística, al portero que le abrió la puerta le dió la mano con su más afectuosa sonrisa. En cambio, miraba severamente a conocidos antiguos, sin reconocerlos. Su entrada a esa repartición fué sensacional. Un empleado decía:—Parece que este caballero ha vivido antes en esta casa, porque mira los techos, las paredes y se ríe. —Le llevaron las máquinas de calcular. Hizo que se las explicaran. Media hora después explicaba su funcionamiento y su teoría a los propios funcionarios, estupefactos. En la tarde, estaban todas descompuestas.

Sería interminable y talvez no del todo prudente referir las anécdotas que don Alberto sabía sobre la vieja sociedad chilena, sobre el origen, con frecuencia modesto, de señores que hicieron gran papel y han fundado familias históricas. ¡Qué lecciones de irónica democracia daba ese partidario de la monarquía! Amaba la autoridad y el orden, porque venía de cepa inglesa, respetuosa, individualista, liberal; era inteligente no en el sentido francés, crítico y demoledor, sino británico, práctico, de Gobierno y de hechos.

Siempre tendremos que volver a la ascendencia Edwards para explicarnos su carácter. De ahí dimanaba lo más sólido de su personalidad, la entereza para resistir, para desafiar la opinión, para conservar intacta su originalidad en un medio ambiente que tiende a nivelarlo todo mediante la burla criolla, el sarcasmo de mesón y la famosa *macuquería*.

Era un excéntrico, poseía un "humour" poco accesible al vulgo; pero se imponía por sus enormes conocimientos y la masa de su ciencia.

Creemos que nació para historiador, y no para funcionario, maestro ni político. Si hubiera vivido más habríamos tenido en él al historiador filósofo, al intérprete que esperamos, después de tantos cronistas y buscadores de cosas concretas. El mismo nos lo dió a entender alguna vez, citándonos la opinión que

a su amigo Matta Vial le había merecido su *Historia de la Administración Montt*, todavía inédita. Era su vocación. Lo demostraron esos deslumbradores artículos acerca de la República que, recopilados, forman la *Frontera Aristocrática*, el libro más interesante sobre Chile y los chilenos. Hechos al correr de la pluma, por un motivo ocasional, constituyen un denso y nutritivo estudio de nuestra psicología política y social durante los últimos cien años.

Pero entró en la política y la política lo mató.

Su muerte constituyó un verdadero drama. Apoyaba a Ibáñez, porque resucitaba la autoridad y nos salvaba de la anarquía parlamentaria en que el país iba pudriéndose. No era su ideal completo; pero representaba una chispa, un destello de su ídolo, Portales, el organizador. Impedía la desorganización siquiera por el momento. Y se le entregó. (1) No por el interés material; su competencia, sus relaciones, su prestigio le habrían labrado mejor situación en cualquier parte. Era un trabajador formidable y un patriota apasionado. Quería servir. Y sirvió, dió la vida.

Cuando la enfermedad lo había hecho otro hombre, fantasma enflaquecido, espectro de sí mismo, oímosle un relato de sus males. Tuvo el primer ataque al realizar el balance de la Hacienda pública, antes de Blanquier. Palpó la bancarrota. Cayó como herido. Veía sobrevenir el papel moneda, su pesadilla. El papel moneda había corrompido a la vieja aristocracia pelucona con la ilusión de la riqueza fácil; había disuelto los ahorros y acabado el capital chileno. Tuvimos que entregarnos al

(1) Don Alberto Edwards tenía el propósito de escribir un estudio psicológico sobre el carácter de Ibáñez, que encontraba muy complejo en su aparente sencillez. Le oímos algunos rasgos y una anécdota que no resistimos al deseo de contar. El Presidente concebía la amistad de una manera profunda, era dócil a las sugerencias y tenía la admiración fácil. En su administración, hay que distinguir dos etapas: antes de Pablo Ramírez y después de Pablo Ramírez. Su Ministro de Hacienda lo transfiguró. Ibáñez lo creía un genio. Cierta presidente de Partido observó, en plena época de los empréstitos, el peligro de endeudar de ese modo al país. El señor Ibáñez le dió esta réplica, con énfasis poco habitual, porque solía rehuir las contestaciones terminantes:—Ud., señor, puede hablarme mal de mi padre y de mi madre; pero no me toque al Ministro de Hacienda. Los hombres del antiguo régimen no tienen el derecho de hacerlo. Uds. no pudieron resolver el asunto del salitre. Ahora está resuelto. Uds. vivieron en constantes dificultades económicas. Ahora no hay dificultades. Oígame Ud.: el señor Ramírez tendrá una estatua en cada ciudad de la República...

ENEOL
Para las Canas
Venta y Aplicaciones:
PELUQUERIA
"LOUBAT"
San Antonio esq. Agustinas
Pídale en todas las boticas.

extranjero y perder, prácticamente nuestra independencia. ¿Quién economizará con moneda inestable, en perpetua disminución? Y sin economía no hay trabajo libre, ni honradez, ni prestigio, ni nada. Empezaba a reaccionar, cuando ruegos tenaces, con llantos, lo obligaron a aceptar ese funesto Ministerio de Relaciones, el último de la Dictadura: y vino el 26 de julio. Otra caída, otro ataque. Apenas levanta la cabeza, la sublevación de la marinería.

Era apasionado por la cosa pública, por el destino del país, entendido a su modo; y fué una víctima de la Historia. ¿Qué podían la medicina ni sus recursos contra la catástrofe? Había esperado, había confiado.

Cuando se habló de los descubrimientos petrolíferos en Magallanes, recordamos que dijo: —En este país no faltaban sino bencina y sentido común. La crisis nos puede dar el buen sentido, en Magallanes parece que ha brotado petróleo. Viviremos en Jauja.

Todo se vino a tierra y sus fuerzas cedieron. No hablaba de sus amarguras; se mostra-

ba en apariencia tranquilo, optimista; pero su decaimiento físico inspiraba pavor. Una de las últimas veces que lo visitamos, no se levantó de su sillón en la biblioteca, y apenas hablaba. Nos parecía extraño oír resonar nuestra voz en aquel sitio donde siempre íbamos a escucharlo.

¡Hombre íntegro y original! El mal sino que preside nuestras letras y se lleva por distintos caminos a quienes podrían honrarlas, lo arrebató a su obra, a la que podría ser enseñanza y deleite nuestro. Otros lamentarán o debieron haber lamentado al político, al hacendista, al funcionario, al educador, geógrafo, estadístico, representante en esta época de virtudes pretéritas y enterezas tradicionales; nosotros sentimos en la perspectiva histórica la pérdida de un grande historiador, el único capaz de hacer vivir no solamente los hechos y los hombres, sino las ideas, el movimiento interno, el alma nacional. Eso es irreparable.

Alone.

Algunas fórmulas para la obtención de la Belleza

MEJILLAS ROSADAS

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmín ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier droguería o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

UNA CABELLERA NATURALMENTE ONDULADA

El buen stallax no solamente produce el mejor shampoo posible, sino que además tiene la propiedad peculiar de formar una natural y pronunciada ondulación en el cabello, efecto que seguramente desean casi todas las damas. Una cucharadita de las de café llena de granulados stallax disueltos en una taza de agua caliente, deja amplio margen para hacer un magnífico lavado de cabeza y da al pelo una brillantez y suavidad que ninguna otra cosa conocida puede proporcionar. Es totalmente inofensivo y puede comprarse casi en todas las droguerías.

EXTIRPACION COMPLETA DEL VELLO

Cómo quitarse de una manera definitiva el vello, es algo que muchas damas desean conocer. Es una verdadera lástima de que hasta el presente no se haya difundido de un modo más general el conocimiento de una substancia que provoca el aniquilamiento del vello. Esta substancia es el porlac puro pulverizado y se halla en venta en todas las farmacias. El porlac se aplica directamente a las partes del cuerpo donde crecen los pelos superfluos cuya desaparición se desea. Este tratamiento recomiendase muy especialmente porque, además de eliminar el vello sin dejar rastros, hace que él no vuelva a reaparecer, dado que el porlac provoca la completa destrucción de las raíces de los pelos.

EL CUTIS GRASO Y LOS BARRILLOS

El calor hace que el cutis adquiera un aspecto graso y que hagan aparición los feos barrillos. Las artistas no ostentan nunca pecas ni barrillos, pues con el fin de quitarse de la cara los afeites que su profesión les impone hácense agradables baños faciales con agua en la que han disuelto una tableta de stymol efervescente. Este refrescante baño facial a base de stymol es lo que más se recomienda para la conservación de la hermosura del cutis durante el verano. Ud. hallará stymol en toda farmacia.

NOVELA
POR
JOSE
MARIA
SOUVIRON

Salvaje

(Continuación)

Ilustraciones de Honorio.

RESUMEN DE LO PUBLICADO:

Carlos Artigas decide abandonar la vida frívola de la sociedad. Un día desaparece y se va a vivir a un rincón escondido entre las rocas del mar. Isabel Guillamas el último flirt de Carlos, se propone buscarlo. Al fin lo encuentra; se abrazan y charlan largamente. Al caer la tarde Isabel desea regresar a la ciudad y Carlos la acompaña hasta el automóvil. Se despiden, ella debe regresar antes que anochezca. Mas, inesperadamente surge un gran obstáculo: el motor no funciona; hacen lo posible por encontrar el desperfecto, pero todo es en vano, en tanto, la noche se desprende como un misterioso crepón negro. Isabel, enfadada, decide pasar la noche en el automóvil, pero la obscuridad le da miedo. Carlos la convence de que estará mejor en su cabaña y se la lleva. Quiso ella lanzar sus temores al aire, ya que eran inútiles. Se esforzó por serenar una inquietud que para nada le servía. Miró las estrellas.

AHORA SIGA LEYENDO.

ERA un prodigio innumerable de estrellas el que se cernía sobre sus cabezas. Reconfortó sus temores ateridos y empezó a charlar después de un silencio largo y desagradable:

—¡Qué noche tan maravillosa!

—Pues ahora la verás desde mi roca. Allí sí que se coge la noche entera en la mirada. Parece como si la noche se entregara toda, llena de su silencio y de su claridad de estrellas. Y verás: las noches junto al mar, en estas costas del sur pierden todo su miedo. No sé qué compañía presta el ruido de las olas. Como si una vigilancia amistosa te cuidara. Amorosa más que amistosa...

Ella escuchaba estas explicaciones de Carlos con admiración y extrañeza. No estaba habituada a tales conversaciones, a tales palabras. La llenaban de amplitud de vida, como respirar el aire de aquella soledad deliciosa.

Encendió la mecha de petróleo, que con el reflector de latón iluminaba un trecho intensamente, y, sacando unos hornillos limpios y brillantes, aderezó una cena. Comieron los dos con ánimo y hambre, departiendo con alegría, sentados sobre aquellas viejas alfombras. Isabel se echó sobre los hombros una manta

ligera. Renunciando a la preocupación, que se le aparecía de vez en cuando, hablaba de cosas indiferentes o remotas, o bien más interesantes, pero siempre lejanas de todo lo que fuera pesar por aquella noche en la que familia y amigos habían de echarla de menos. Recordó que había prometido asistir a un baile y comparó cómo lo hubiera pasado en éste con el extraño y nuevo diálogo de que gozaba. Comparando el ambiente artificial del salón que esperaba su presencia con este otro en que lo natural reinaba y ensordecía de grande y magnífico más que todas las músicas y bailables reunidos, sintió la satisfacción de haberse quedado y casi bendijo el motivo que le hizo permanecer. Se sintió centro de la noche, sobre aquel alto peñón cuyos biseles caían al mar y en cada estrella vió un punto final de líneas que convergían en ella, llenas de rumores desconocidos y oreadas por brisas impalpables. Sobraba el aire. Derrochaba en suspiros de alegría, sin cuidarse de ahorrar aquel aire nocturno limpio, burilado de luces altísimas, fresco de mar y cielo y hubiera querido saltar y danzar sola, en brincos inverosímiles, en altos caminos sin límite, al compás de músicas extraordinarias, sin saber de dónde venían y sin preocuparse de caídas probables. La recogería

el mar y meciéndola... pero el mar estaba negro y misterioso. No importaba. Allí estaba Carlos para salvarla. Echó al suelo la manta que le cubría los hombros y desperezándose, rió con todas sus fuerzas. La risa se desgarnó, cristalínamente, por los campos vacíos.

—Y pensar que esta noche tenía que ir a un baile.

—¡Qué aburrimiento! — gruñó Carlos. — Aunque tal vez estés aquí más aburrida que allá.

—No lo creas. Me siento aquí tan contenta!

—Y qué hubieras hecho en el baile de esta noche. ¿Qué hacéis en los bailes?

—No recuerdas yas?...

—Sí. Pero mal. Asistí a muy pocos. Me iba siempre temprano de ellos. Y mientras se desarrollaba el baile yo lo pasaba en un rincón, bebiendo. Dime, ¿qué se hace en los bailes?

—Pues, tonto! Bailar!

—¡Qué aburrimiento! — volvió a decir Carlos. — No comprendo cómo se puede pasar una noche bailando... Como no sea una excusa para estar abrazados. Aún en ese caso, debe ser molesto el público... ¿Por qué no se abrazan fuera, en las terrazas, a gusto?

—No seas bárbaro, Carlos. Se baila por bailar. Por la música, por el ritmo...

—No me vas a hacer creer, Isabel, lo que sé que no es cierto. ¡Qué ritmo ni que alforjas! ¿Por qué no bailan solos entonces?

—Porque no se puede bailar solos. Estaría bonito!

—La única danza es la que se baila solo. O en grupos sin perder la individualidad. (Aquí se sonrió, deteniéndose). Yo muchas veces bailo aquí solo, a grandes saltos, como un bailarín excelso. Nada Isabel. Se baila hoy como se baila, por agarrarse. ¡Qué pobreza de imaginación y de medios!

—Tú no puedes hablar, porque no has bailado nunca.

—Pocas veces. Y me basta.

—Bueno, bueno. Pero no todos son como tú...

—Desgraciadamente para ellos. Y aún hay muchos que lo son y se aprovechan. Lo inexplicable es que los maridos veán sonrientes el baile de sus mujeres. Y los enamorados el de su amor...

—Carlos: No seas bruto. No entiendes eso.

Carlos abrió el gramófono y colocó un disco. De pie, como estaba se inclinó a Isabel y le preguntó:

—¿Bailamos?

—¿Después de lo que me has dicho? Ni que lo pienses!

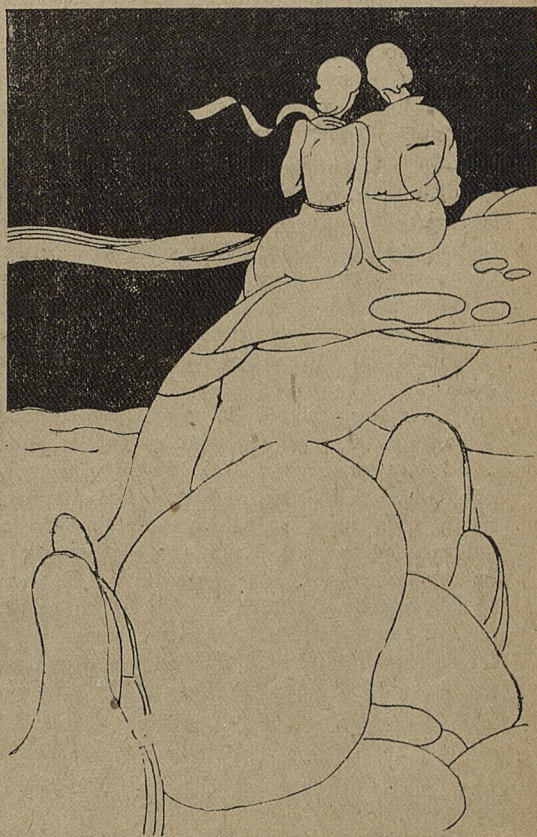
—Pues date cuenta de que otros no tienen la sinceridad mía. Y los que no necesitan ocultar esta sinceridad, esos... bueno con esos desgraciados se puede bailar, ciertamente sin miedo.

Y se tendió casi de un golpe, riendo, frente a la muchacha. Esta comenzó a mirarlo con más extrañeza y con menor serenidad que antes. ¿Con quién estaba ella en aquellas soledades? Con un salvaje, con un bruto. Pero con un hombre; eso sí. Con un hombre. Tenía tal serenidad sincera en todas sus posturas aquel muchacho, que Isabel no siguió temiéndolo. Miedo ¿a qué? Si estaba con un hombre. Y como pocos. Pero miedo del hombre... Tampoco había que tenerlo. Atacó al silencio como mejor se le ocurrió:

—Carlos, tú eres un salvaje!

—¿Yo? ¿A qué viene eso?

—Sí, tú. Estoy como esas mujeres de las novelas de viajes y aventuras. Prisionera de un salvaje, con un fuego encendido junto al mar.



Mira aquella luz en medio del mar

—De un salvaje que te guardará mejor que todos tus amigos saloneros...

—¿De veras?

—Y tan de veras. A que se te fué el miedo!

—No del todo. Ahora tengo miedo de...

—¿De qué?

—De tí!

Carlos se incorporó de otro salto, como se había echado en tierra y yendo junto a Isabel, se sentó junto a ella.

—Pero qué chiquilla más tonta... —susurró con la mayor ternura que pudo. — Miedo de mí! ¿Es que no has estado nunca mirando las estrellas con un hombre, al lado de un gramófono?... —Y se rió con afabilidad.

—Con un hombre como tú, no.

Diciendo esto, Isabel se levantó y se alejó unos metros mirando la noche sin límites. Carlos pensó que ella había interpretado mal su aproximación, que fué sólo movida por un deseo de convencer de lo contrario. Pero también él interpretaba mal el alejarse de Isabel, que fué un movimiento inconsciente. Se fué hacia ella y a cierta distancia, los ojos en una mirada tranquila:

—¿Por qué no te metes en la casucha? — le dijo. —Yo me quedaré fuera. Anda. Estás nerviosilla?

Ella no contestó inmediatamente. Permaneció unos segundos largos con su mirada perdida y luego, volviéndose a él, le espetó con una sinceridad de recurso, de última tabla:

—Es que tú no eres como los otros, Carlos. Me han bastado estas cortas horas para admirarte. ¡Qué pocos como tú! Ya lo sabes. Se han reunido la noche, las estrellas y tu conversación y tus saltos ágiles para derrotarme. Asegúrame.

Y se arrojó en sus brazos, como el niño que se abraza al objeto con que le asustan, llorando.

Carlos se sintió rey de aquella creación que le rodeaba. Con aquella mujer en el centro, ceñida por sus brazos. Vió que todas las complicidades que habían exaltado a Isabel le exaltaban a él también, sin quererlo, mejor, sin haberse dado cuenta hasta que ella, queriendo huir y fiarse, se había guarecido en él. Pensó en la gente de la ciudad. Dirían, de todos modos, lo que quisieran. ¿Para qué darles el placer de mentir? Estrechó a Isabel y con una mano en el mentón de ella, le alzó la cara y se la miró fijamente cerca de la suya. Fué a acercar sus labios a los de ella. Pero antes de juntarlos, la separó de sí con cierta violencia. Qui-s dar a su voz un tono de seguridad:

—Ea! corramos por aquí. Déjate de llanto. Y cogiéndola de una mano, tiró de ella y

la hizo correr hasta un extremo de la meseta. Volvió de allí al otro lado, corriendo también.

—Bruto! que me tiras! que me voy a hacer daño! — gritaba Isabel riendo, tragándose las lágrimas. — ¡Qué no puedo correr con estos zapatos!

Se pararon jadeantes, al borde del cantil y él la sentó a ella, apoyándose sobre los hombros y luego se echó también a su vera.

—Mira aquella luz en medio del mar. Son contrabandistas. Algunas noches se oyen los tiros con que los echan los carabineros.

—Esto debe estar altísimo, — dijo Isabel, cuyos pies pendían sobre el corte de la tierra.

—No temas, — y la ciñó por la cintura. Quiso soltarla en seguida. Pero creyó en que así estaría más segura. Se esforzó en seguir distraendo a la muchacha. Y en distraerse él mismo. Y siguió hablando de la luz misteriosa que se bamboleaba a lo lejos, contando historias de contrabandos y piraterías, forjadas por él y adornadas de tales maravillas de palabra, que Isabel se sentía cada vez más lejos y más cerca de él. Más lejos, porque la imaginación le volaba y porque procuraba ella impulsar el vuelo y alejarse de sus últimos pensamientos. Más cerca porque se adormecía y reclinaba la cabeza en el hombro del arrullador. Murmuró con voz débil:

—¡Qué tranquilidad espléndida!

—Eso es. Que tranquilidad. No es cierto?

—Y qué diferencia...

—Diferencia de qué?

—De tantas noches pasadas sin ver lo que es la noche... Verdad es que nadie hace ver lo que es la noche y el mar como tú...

—No seas boba! Eres tú la que lo ves... No has pasado otras noches sola, entrándote a la noche como ahora?

—Sola... Ojalá.

—Estarías con alguno de esos idiotas! Y ¡qué te decían?

—Psch! Tonterías. Hablaban de amor sin saber hablar.

—Y sin saber amar, tal vez.

—Pero se lo creían. Y yo me lo creía. ¡Qué engaño!

—Que tú también te lo creías!

Carlos se había presentado el dueño de Isabel, no sólo allí, cuidándola, venciendo otros deseos, sino antes. Su soledad acompañada le hacía soberano. Repitió:

—¿Qué tú también lo creías, eh? Y a lo mejor te dejabas abrazar...

Retiró el brazo de la cintura de Isabel.

—No sé por qué lo permitía... Ni sé por qué te voy a mentir a ti, amigo.

—Y te dejabas besar por esos... Puah!
—Y el salvaje se levantó y se fué hacia la lámpara, que agonizaba. — Qué asco. Todas sois lo mismo. Y querer que yo vuelva! Já! já!...

Se inclinó a arreglar la luz. Isabel lo llamaba:

—Carlos, Carlos! No seas así. ¿Qué te puede importar eso? Ven acá. No puedo moverme. Ayúdame a levantarme. Tengo miedo de caer abajo...

—Levántate tú sola.

Isabel se arrastró hasta alejarse unos metros del precipicio y luego corrió hacia donde Carlos manipulaba con la pantalla.

—¿Por qué te has puesto así? Qué te puede importar a tí...

—¡Me importa! — rugió. — Y luego amansándose teatralmente:—Es decir, no. No me importa nada. Anda, vete a dormir a la choza! — Y señaló la casucha imperativamente.

Isabel se apoyó en la espalda de Carlos, para decirle algo que tornara su molestia. Quiso quitarle el efecto de aquellas palabras que se le habían ido, sinceras, en el diálogo sin trabas. Al apoyarse en Carlos éste se tambaleó y la lámpara salió volando, apagada, esparciendo un olor a petróleo.

—¡Eso es! Ya la has hecho!

—Carlos...

La voz de Isabel era una demanda de perdón:

—¿No eres el dueño de tu mundo? ¿Qué te importa el otro que es de los demás?

Las palabras, en la obscuridad, tenían un misterio atrayente.

Carlos se volvió en las sombras y buscó a Isabel a su lado:

—Te das cuenta de lo que pasa? Dí? No lo has visto. Eres la mujer que viene a darme una vida y me la quitas al comienzo. Te he querido. Ahora no lo sé. ¡Si pudiera borrarte esos besos civilizados!...



Isabel y Carlos se hicieron dueños de la noche y de ellos mismos.

—Bórralos.

—No podría!

—Bórralos...

Carlos estrechó a Isabel contra su pecho. Y la besó, con ímpetus de borrar huellas que no existían...

Bajo el cielo, alto, junto al mar que golpeaba las rocas, en la obscuridad azul de la tierra tapizada de líquenes, Isabel y Carlos se hicieron dueños de la noche y de ellos mismos!

□ La hora del alba sería, cuando Carlos, saliendo de la caseta, silenciosamente para no despertar a su compañera, se puso a despezarse al sol naciente, levantando un vuelo de gorriones que picoteaba entre la hierba. Se cambió lo que portaba por unos calzones de baño y encendiendo los infiernillos, preparó unas tazas de café. En estos quehaceres andaba cuando Isabel apareció en la puerta, enmarañada la melena, sonriendo al nuevo día.

Se miraron, riendo, sin decirse nada. Triunfaban la mañana, cabrilleando reflejos en el mar, que se rizaba en el frescor del levante y en los cerros teñía la tierra un manto de oro



nuevo. Resbalaba en los pinos la primera luz de oriente desmenuzando rayos en cada plumero de ramas.

Ella rompió el silencio:

—¿Qué haces en esa facha? ¿Vas a bañarte?

—Pues, claro. Como cada mañana.

Y dejando hervir el agua, la cogió de la mano y comenzaron a bajar la roca escarpada por una escalera primitiva que él había ido fraguando en pasos anteriores.

A la orilla, una playeta de arena rubia se dejaba lamer por las mansas olas mediterráneas. En un lado, bordeando el agua clara y profunda de unos dos metros, una madera amarrada con sogas a un reborde de la peña, servía de tablón para somormojar.

—Espérame aquí.

Isabel se tendió en la arena y él, como un mono, agarrándose en arbotantes inverosímiles, trepó a la roca. Equilibrando con los brazos abiertos llegó al extremo del tablón y dando un grito que resbaló por el agua, se arrojó de cabeza a las ondas.

Isabel se incorporó para verlo salir. Tar-daba. Se puso de pie y lo llamó. A la otra banda de la caleta, después de un buceo, apareció la cabeza de Carlos, agitando el agua. Se echó a reír y volvió a gritar alzando un brazo. Con la boca en el agua, soplando, producía un gorgorio fuerte.

—Tonto! — gritó Isabel descubriéndolo.

—Me asustaste.

En cuatro brazadas, rauda, Carlos llegó a la arena y se echó a los pies de Isabel.

—¿Por qué no te bañas? El agua está magnífica.

—No tengo con qué — respondió mirando un puñado de arena que se le desparramaba entre los dedos.—Y además... hay que pensar en que hay que volver.

—Pero aún es tan temprano! Tienes tiempo demás. Yo debo tener arriba un traje de baño mío. Te quedaría bien. Voy por él?

—No, Carlos. Vete tú al agua. Yo prefiero estar aquí.

—Como quieras, pero te pierdes una delicia.

Y corriendo, entró al mar, avanzando en brazadas magníficas que le alejaban de la tierra. Isabel le veía alejarse, gozosa de aquella perfección nadadora, viendo resbalar al sol por aquellos hombros brillantes y fuertes. Se tendió a secarse, de vuelta, sobre la arena cálida y en un rato subieron al monte, donde humeaba el café por los bordes de la máquina.

(Esta novela continuará en el próximo número).

En la PLAYA no Hace Calor

VAYA LOS DOMINGOS A
VALPARAISO, VIÑA, PAPUDO,
CARTAGENA, LLOLLEO O
SAN ANTONIO

Los pasajes de Fin de Semana y de
Excursionistas están al alcance de
todo el mundo.

BOLETOS DE FIN DE SEMANA

(Se venden los Sábados y Domin-
gos y sirven para regresar hasta el
Lunes inclusive).

Ida y vuelta

A VALPARAISO O VIÑA	1.º expreso . . .	\$ 40.00
	2.º expreso o 1.º	
	ordinario . . .	32.00
	3.º ordinario . .	15.00

A PAPUDO	1.º cualquier tren	\$ 51.00
----------	--------------------	----------

A CARTAGENA, LLOLLEO O SAN ANTONIO	1.º cualquier tren	\$ 20.40
--	--------------------	----------

EXCURSIONISTAS

	Ida y vuelta	1.º	3.º
A Valparaíso o Viña	\$ 28	\$ 13	
A Quillota	24	12	
A Papudo	32	15	
A Cartagena, Llolleo o San Antonio . . .	15	10	

Los boletos de excursionista son
válidos sólo en esos trenes.

Pida más datos en las estaciones
y en la Oficina de Informaciones,
Bandera esquina Agustinas, Telé-
fono 85675.



Pero no se habla de los millones de vidas que se perdieron...

LA Geografía política de Europa acaba de sufrir una nueva transformación.

Visto desde Washington, el mapa de Europa aparece dividido en dos grandes sectores. ¿Norte o Sur? ¿Sajones o latinos? ¿Germanófilos o aliados? Nada de eso. Simplemente, morosos y buenos pagadores.

De un lado, una Europa formal, *gentleman* que hace honor a su firma y paga sus deudas. Inglaterra, Italia, Checoslovaquia, Finlandia, Letonia y Lituania. Ante un yanqui, estos cinco países son "todos unos caballeros".

Inglaterra, sobre todo, ha quedado como un paladín de viejo romance heroico. El 15 de diciembre, la Gran Bretaña, que tiene en sus presupuestos un déficit de cincuenta millones de libras, le ha pagado a Norteamérica 95 millones de dólares, que significan unos 28 millones de libras.

La tesis americana parecía irrefutable. "No

habladme — decía — de una Europa empobrecida, en crisis de catástrofe, sin trabajo, sin producción, sin mercados. No habladme de una Europa arruinada, porque yo veo que los presupuestos de Guerra de todos sus países se aumentan en cantidades fantásticas. Y si Europa tiene dinero para armamentos, debe tenerlo también para pagar sus deudas".

Lógica de acreedor. ¿Qué oponer a ella?

Francia, Bélgica, Polonia, Estonia y Hungría contestan simplemente: "No pagamos". Y no pagan.

Francia, que ha vuelto a ser el banquero de Europa, podía haber pagado con menor sacrificio que Inglaterra. A pesar de que el presupuesto francés aparece con un déficit de 5.660 millones, los 500 millones de francos que importaban la deuda con Norteamérica no le suponían, de pagarlos, un grave contratiempo.

PISOS RELUCIENTES CERA "PRESERVOL"

CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

Sin embargo, Francia ha dicho: "A mí la Alemania vencida no me paga. Las enormes sumas que debía abonarme por reparaciones quedaron prácticamente anuladas por la moratoria concertada en Lausana. Entonces los Estados Unidos fueron generosos con la Alemania enemiga. ¿Por qué no han de serlo conmigo que fui su aliada? Si los vencidos se libran de las consecuencias de la guerra, ¿por qué he de sufrirlas yo, que fui la vencedora?"

Lógica de deudor. Queda desenmascarado el gran *affaire* que fué la guerra. Wilson, el apóstol, quiso evitar que quedara algún día impudicamente al descubierto esta significación de la epopeya, cuando propuso una paz sin vencedores ni vencidos, sin indemnizaciones ni reparaciones.

Porque ahora el mundo se pregunta, un poco indignado: ¿Qué fué entonces la tan apoteósicamente elogiada ayuda de Norteamérica a la Europa aliada? ¿No era el auxilio romántico de un gran pueblo liberal a la causa de la Libertad, de la Democracia y de la Cultura, todo con mayúsculas?

La enorme industria yanqui tuvo en la Europa en guerra su mercado. Tiempos de los pedidos fantásticos a cualquier precio. Cuando el dinero del comprador se acababa, el propio vendedor le prestó para que siguiera comprando. El triunfo final garantizaba el éxito de la operación. ¿Quién había de pagar, en definitiva? El vencido.

Pero el vencido, Alemania, se presentó en quiebra el año pasado; Austria deshecha, Turquía arruinada, eran desde antes insolventes.

Francia, la más castigada, la que vió un tercio de su territorio invadido, sus pueblos arrasados, sus ciudades deshechas, ¿ha de pagar las consecuencias de la victoria, cuando Alemania no paga las de su derrota?

M. Herriot hizo empeño caballeresco el pagar. Y ante el Parlamento, le costó el Poder su actitud de gentilhombre romántico. Porque en el momento decisivo, toda la Francia contribuyente, la que de su trabajo y de su sangre ha de sacar el oro de los pagos, se puso frente a él.

Lección del momento, ejemplo para el porvenir. No basta que unos hombres ilustres se reúnan en torno a una larga mesa y acuerden traspasarse unos cientos de millones. Detrás de ellos está el pueblo, que es el que tie-

ne que pagarlos, que extraerlos de su trabajo, de su pan, de su tranquilidad.

Y ese pueblo — el francés, el belga, el polaco, el húngaro — se dice: Pero, ¿qué burda y triste cosa es esto? ... Nos piden millones, resulta que debemos millones, porque hay que cancelar deudas de guerra, porque un país extraño nos prestó dinero y cañones y víveres. ... Todo eso tiene su precio, es verdad. Mercancía cotizable que con dinero se compra y con dinero se reemplaza.

Pero, ¿es que no hubo más, que no se gastó algo más en la Gran Guerra?

Y los pueblos se responden a sí mismos. ... Sí; hubo algo más. ... Casi nada: millones de hombres nuestros muertos o inválidos, torrentes enormes de sangre humana derramada. ¿Y eso no vale nada? ... Dos generaciones de hombres diezgadas por la metralla, martirizadas, envenenadas por los gases tóxicos, miles de hogares deshechos. ... ¿Es que todo eso no vale nada?

¿Y quién enjuga ese déficit y salda esa deuda gigantesca? ... Si la cooperación yanqui no tuvo sino el carácter de un préstamo, ¿por qué no fijaron de antemano el valor de cada soldado que trajeron al frente?

Pero de eso no se habla. Porque hablaríamos entonces también todos los pueblos de Europa a los grandes financieros, a los grandes estadistas, a los grandes industriales, del valor de esos millones de hombres nuestros sacrificados a sus ambiciones. ...

No se habla de eso, ¿verdad? Pues no hablemos de lo demás.

Y contra la lógica del acreedor, se alza irrefutable, inexorable, esa lógica dramática de los pueblos, tan llena de razón humana, que contra ella sí que no hay razón. ...

"LETRAS"

Revista peruana mensual de Literatura,
Crítica, Arte, Bibliografía y Cultura.

Director: Marcial de la Puente

Colaboran las más destacadas figuras intelectuales de la nueva generación.

Suscripción anual en el extranjero:

\$ U. S. A. 0.50

Dirección y Adm.: Girón Unión 758
LIMA (PERU)

EL DOCTOR JAMES

Por O. HENRY

Ilustraciones de Honorio.

El personaje de este cuento revive el recuerdo de las maravillosas páginas de Allan Poe. El Dr. James es médico y ladrón a la vez. Es el médico de las cajas de fondos. Al peso de la noche, con su maletín de facultativo, interviene, con seguridad, en los más grandes robos. Una noche regresaba de cometer un robo cuando fué llamado para que asistiera a un enfermo grave. Toma su distinguida personalidad, mata científicamente al paciente y roba tranquilamente todo lo que había en la caja de caudales.

EL policía se hallaba parado en la esquina de la calle Veinticuatro y una callejuela extraordinariamente oscura, cerca del punto donde el ferrocarril elevado cruza la calle. Eran las dos de la madrugada; la vigilancia alcanzaba una extensión fría, escarchada, de insociable oscuridad hasta el alba.

Un hombre con largo sobretodo, el sombrero echado sobre la frente y llevando algo en la mano, salía tranquilo, pero con andar rápido, de la oscura callejuela. El policía se aproximó a él cortésmente, pero con esa seguridad que va unida a la conciencia de la autoridad. La hora, la mala reputación de la calle, la prisa del transeúnte, el bulto que llevaba... todo ello se combinaba para formar "circunstancias sospechosas" que requerían una aclaración por parte del agente gubernativo.

El "sospechoso" se detuvo en seguida, y echó hacia atrás el sombrero, mostrando a la fluctuante luz de las lámparas eléctricas un semblante tranquilo, de facciones suaves, con una nariz más bien larga y unos ojos oscuros que miraban con firmeza.

Introdujo una mano enguantada en el bolsillo del sobretodo, sacó una tarjeta y se la entregó al policía. Este la colocó a la luz incierta que llegaba hasta allí y leyó: "Carlos Spencer James, médico". La calle y el número de la dirección eran de una vecindad tan sólida y respetable que toda su curiosidad quedó satisfecha.

La mirada del policía se dirigió al objeto que el doctor llevaba en la mano — una hermosa caja de instrumental quirúrgico, de piel negra, con pequeños adornos de plata, — que venía a reforzar la garantía de la tarjeta.

— Perfectamente, doctor — dijo el agente, caminando a su lado, con la mayor afabilidad. — Tenemos órdenes de vigilar con mucho cuidado. Hay muchos ladrones, y recientemente se han cometido robos en algunas casas, ver-

daderamente atrevidos. Mala noche para andar por la calle. No por el frío, sino... por la humedad.

Con una grave inclinación de cabeza, y una o dos palabras corroborando las del agente respecto al tiempo, el doctor James continuó su camino con cierta rapidez.

Por tres veces ya aquella noche habían aceptado los encargados de la vigilancia su tarjeta profesional y la vista del estuche de cirugía, como garantía de la respetabilidad de su persona y de sus propósitos.

Si alguno de esos agentes hubiese querido comprobar la exactitud de la tarjeta a la mañana siguiente, la habría encontrado confirmada por el nombre del doctor en una hermosa placa a la puerta de su casa; por su presencia, tranquilo y bien vestido, en su elegante despacho — con tal que no fuera muy temprano, pues el doctor James se levantaba tarde — y por el testimonio de los vecinos, que le habrían elogiado su civismo y amor a la familia, y sus éxitos como médico en los dos años que llevaba viviendo allí.

Por eso habría sido enorme la sorpresa de cualquiera de esos guardianes de la paz si se les hubiera ocurrido echar una mirada al interior de la inmaculada caja del instrumental quirúrgico.

Al abrirla, lo primero con que hubieran tropezado sus ojos hubiese sido un elegante juego de los más modernos útiles empleados por los "boxmen", como se denominan a sí mismos los ingeniosos ladrones de cajas de caudales. Especialmente diseñadas y construidas, eran las herramientas — la corta pero poderosa lima, la colección de llaves curiosamente formadas, los taladros y punzones azules del mejor temple — capaces de abrirse camino por entre el frío acero como un ratón se lo abre dentro del queso, y las grapas que se agarran como una sanguijuela a la puerta pulida de

una caja de caudales y extirpan la combinación saliente como un dentista extrae una muela.

En un bolsillo interior de la "caja de instrumentos quirúrgicos" había una ampollita de cuatro onzas de nitroglicerina, ahora mediada. Debajo de los instrumentos había un fajo de billetes de banco arrugados, y unos montoncitos de oro acuñado, que formaba todo junto una suma de ochocientos treinta dólares.

En un círculo muy limitado de amigos, el doctor James era conocido por el "griego hinchado". El misterioso remoquete era debido en parte a sus frías y caballerosas maneras; y en parte significaba, en la jerga de la hermandad, el jefe, el director, aquel que, por la fuerza y prestigio de su habilidad y posición, aseguraba la información sobre la cual basaban sus planes y desesperadas empresas.

De este escogido círculo los otros miembros eran Skitzie Morgan y Sum Decker, expertos "boxmen", y Leopoldo Pretzfelder, un joyero de portal que manipulaba las alhajas y otros ornamentos recolectados por el trío de trabajadores. Todos ellos hombres buenos y leales, de lengua tan desatada como Memnón y tan mudables como la estrella del norte.

El trabajo de aquella noche, en opinión de la razón social, no les había producido más que una modesta recompensa a sus fatigas. Una caja de sistema antiguo, de dos cuerpos y cerrojo al lado, en las sucias oficinas de una casa verdaderamente rica de artículos finos, montada a la antigua, en un sábado por la noche, debía haber contenido bastante más de dos mil quinientos dólares.

Pero esto era todo lo que habían encontrado y se habían repartido por partes iguales inmediatamente, como tenían por costumbre. Lo que ellos esperaban eran diez o doce mil dólares. Pero uno de los socios había demostrado precisamente ser un tonto, demasiado a la antigua también; y se le había ocurrido llevarse a su casa en un saquito la mayor parte de los fondos.

El doctor James prosiguió avanzando por la calle Veinticuatro, que parecía completamente despoblada. Hasta la gente de teatro, que tiene este distrito como lugar de residencia, ya hacía rato que se había acostado. La escarcha se había acumulado sobre la calle; el lado que formaba entre las piedras brillaba a la luz de los arcos voltaicos, y reverberaba, quebrándose en una miríada de líquidas lucecillas. Un viento traidor, empapado de humedad y frío, soplaba por entre los solares sin edificar de la calle.

Cuando el médico llegaba al extremo de

una casa alta, de ladrillo, de más pretensiones que las otras, la puerta principal se abrió y dió paso a una negra que salió dando voces. De sus labios brotaba una mezcla de palabras, que se dirigía a sí misma; recurso de su raza cuando se encuentran solos y abrumados por la desgracia.

Demostraba ser una de las viejas esclavas del Sur — voluble, familiar, leal, irrepreensible; su persona lo revelaba, — gruesa, limpia, bien vestida, con delantal y cofia.

La repentina aparición surgió de la silenciosa casa y dirigió sus pasos por el centro de la calle, en sentido opuesto al doctor James. Su cerebro transfirió las energías del oído a la vista, y cesó de dar voces para fijar sus ojos saltones en el estuche que el doctor llevaba en la mano.

— ¡Dios mío! — fué su exclamación al descubrirlo. — ¿Es usted médico?

— Sí, soy médico — contestó el doctor James pausadamente.

— Haga, por Dios, el favor de venir a ver a mister Chandler. . . Está muy malo. . . Está en la cama, como si quisiera morir. Miss Amy me ha enviado por un médico. Yo no sé dónde encontrarlo; si usted viene no tendré que andar más. . . ¡Pobre miss Amy! . . . ¡Pobre cordero! . . . ¡Tanto cómo ha sufrido! . . . Parece como si un tiro de pistola. . . , un desafío con alguien. . . , y el pobre cordero, miss Amy. . .

— Dígame el camino — le interrumpió el doctor James, siguiendo sus pasos — si me necesita como médico. Como confidente no tengo tiempo para atenderla.

La negra le precedió y entraron en la casa, ascendiendo rápidamente la alfombrada escalera. Por dos veces se detuvieron en la obscuridad, en los descansillos; la segunda, la fatigada conductora, volvió hacia un vestíbulo, parándose ante una puerta que abrió.

— Traigo el médico, miss Amy — dijo.

El doctor James entró en la habitación y se inclinó ligeramente ante una señora joven que se hallaba de pie al lado de una cama. Dejó el estuche quirúrgico sobre una silla, se quitó el sobretodo, que colocó en el respaldo de la misma silla y avanzó con calma y dominio de sí mismo hacia la cama.

En ella se hallaba tendido un hombre en las ansias de la muerte. . . , un hombre vestido con elegancia, a la última moda, que sólo tenía los zapatos quitados. . . Estaba inmóvil y tan silencioso como la misma muerte.

Del doctor James emanaba una áurea de calma y energía, de fuerza acumulada, que era

como el maná en el desierto para los débiles y desolados circunstantes.

Siempre que había mujeres, especialmente, eran atraídas por algo que se advertía en sus maneras en la habitación del enfermo.

No era la indulgente suavidad acostumbrada del médico, sino una manera de equilibrio, de seguridad, de habilidad, para vencer el destino, de deferencia, protección y devoción.

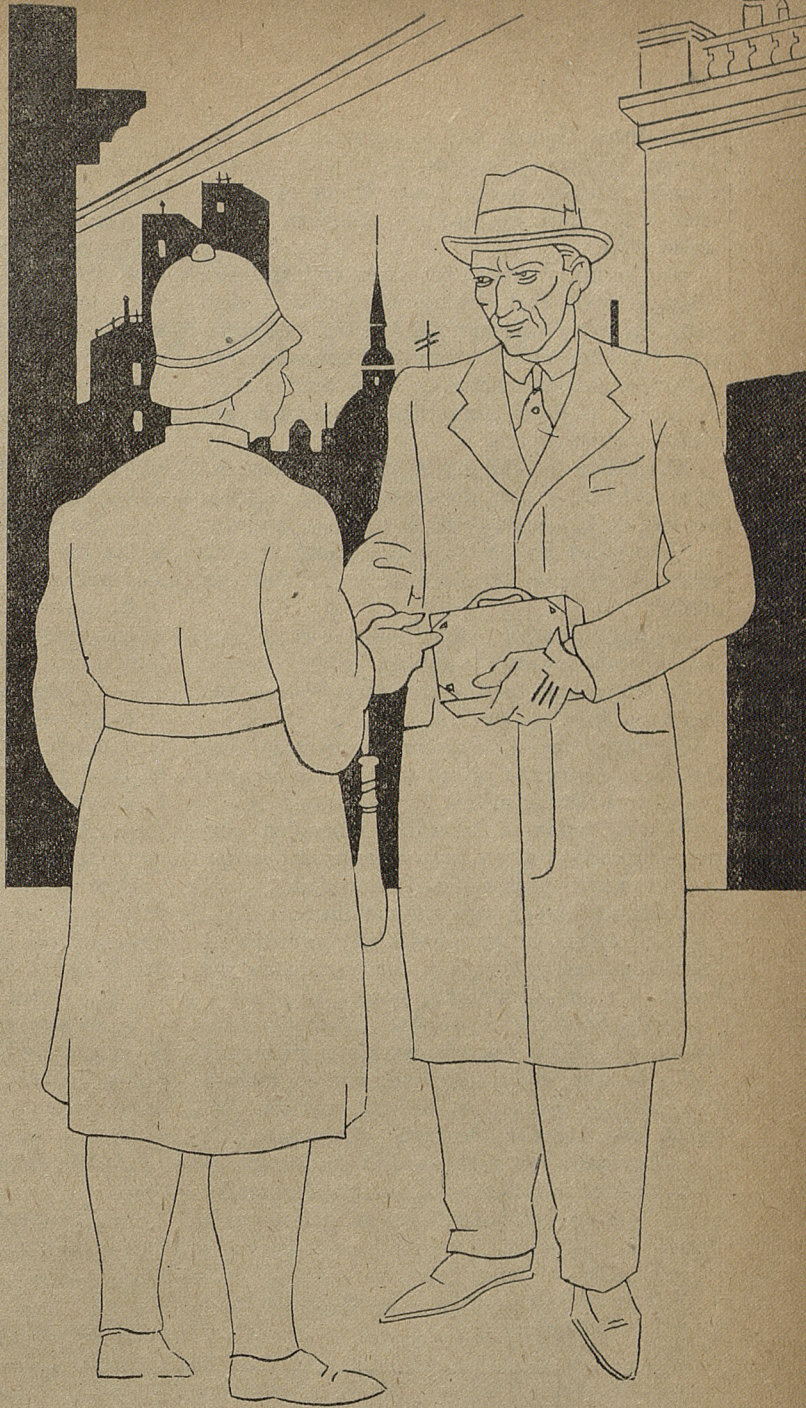
Existía un magnetismo escrutador en sus ojos luminosos de mirada firme; una latente autoridad, en la impenetrable, casi sacerdotal tranquilidad de su rostro suave, que exteriormente ajustaba a su papel de confidente.

Algunas veces, en su primera visita profesional, las mujeres le decían dónde ocultaban por la noche sus diamantes por miedo a los ladrones.

Con la facilidad que da la mucha práctica, los ojos del doctor James, con una mirada circular, apreciaron el orden y calidad de los objetos que había en la habitación. Los muebles eran ricos y valiosos. La misma mirada le dió a conocer el porte y distinción de la señora. Era ésta más bien bajita y no representaba más de veinte años. Su rostro poseía méritos para aspirar al título de lindo, pero se hallaba ahora oscurecido por la melancolía que una violenta e imprevista pena imprimía en él. En la frente, sobre una de las cejas, se veía la lívida mancha de un cardenal, que el ojo experimentado del médico adivinó que provenía de un golpe que debía haber sufrido en las últimas seis horas.

El doctor James tomó el pulso al enfermo. Su mirada elocuente interrogaba a la señora.

—Soy miss Chandler — respondió ella, hablando con ese tono quejumbroso y ligado del Sur. — Mi marido se ha sentido enfermo



—Perfectamente, doctor,—dijo el agente...

de repente, unos diez minutos antes de llegar usted. Ya en otras ocasiones había sufrido ataques al corazón... algunos de ellos muy graves.

El hallarse vestido y lo avanzado de la hora parecieron sugerirle la necesidad de otra explicación:

—Había estado hasta muy tarde fuera de casa... en una cena, según creo.

El doctor James puso su atención en el enfermo. En cualquiera de sus "profesiones", cuando actuaba, quería hacer honor al "estuche" o la "llave maestra", y ponía en ello todo su interés.

El enfermo aparentaba tener treinta años. Su aspecto era el de un hombre vicioso y disipado, pero no carecían sus facciones de simetría, y cuando aquellos rasgos delicados se animaban en los momentos de buen humor e indulgencia, se hacía simpático y agradable. Sus vestidos olían a vino.

El médico le echó hacia atrás la americana desabrochada, y con un cortaplumas rasgó la pechera de la camisa desde el cuello a la cintura. Apartados los obstáculos, descansó el oído sobre el corazón del paciente y escuchó con atención.

—¿Regurgitación mitral? — dijo en voz baja cuando levantó la cabeza.

Estas palabras fueron pronunciadas con una inflexión final de duda.

De nuevo auscultó largamente, y luego añadió, con la firmeza de un diagnóstico seguro: —Insuficiencia mitral.

Y dirigiéndose a la señora Chandler, empezó diciendo, con ese tono tranquilizador que con tanta frecuencia mitiga la ansiedad:

—Señora, existe una probabilidad...

Y al volver la cara hacia ella advirtió su intensa palidez y que caía desvanecida en sus brazos. La vieja negra exclamó:

—¡Pobre cordero! ¡Pobre cordero! ¡Más valiera que el jefe hubiese matado a mí misma que a la santa niña! ¡Destruir con su rabia a esta criatura después de haberla robado; destrozarse este corazón de ángel, abandonar...!

—Levántele los pies — dijo el doctor James, tratando de sostener el cuerpo inanimado.

—¿Cuál es su habitación? Estará mejor en la cama.

—Es allí.

Y con la cabeza señaló la negra hacia la puerta, añadiendo:

—Aquella es la habitación de miss Amy.

Entre los dos la trasladaron a la cama. El pulso era débil, pero normal. La joven, sin recobrar el conocimiento, pasó del desmayo a un sueño profundo.

—Está completamente agotada — murmuró el médico. — El sueño es un excelente remedio. Cuando se despierte déle un ponche... con un huevo, si puede tomarlo. ¿Cómo se ha dado ese golpe sobre la ceja?

—Al caer, ¡pobrecito cordero!... No, no!

Y la vieja, con la mutabilidad propia de su raza, se sintió dominada por una repentina indignación, y añadió:

—Yo no sé mentir. Ha sido él el que se lo ha hecho, de un puñetazo. Yo le prometí a la pobrecita, al dulce cordero, no decirlo.

El doctor James se dirigió a un velador donde ardía una hermosa lámpara, y bajó la luz.

—Quédese aquí con su señora — ordenó a la negra — y estése quieta hasta que despierte. Cuando lo haga déle el ponche. Si aumenta la debilidad, avíseme. Encuentro algo extraño en ella.

—¡Aquí pasan cosas más extrañas! — murmuró la negra.

Pero el médico la apaciguó con una sola palabra en un tono de voz autoritario y concentrado que rara vez empleaba, y que siempre le había dado muy buen resultado en casos semejantes.

Se encaminó a la otra habitación, cerrando la puerta sigilosamente al entrar. El hombre que se hallaba en la cama no se había movido, pero tenía los ojos abiertos. Sus labios parecían que querían formular alguna palabra. El doctor James aproximó el oído para escuchar.

—¡El dinero!... ¡El dinero!... — era lo que el enfermo balbucía.

(Continuará en el próximo número).

La Chilena
Consolidada
 Vida
 Incendio
 Pólizas de Prevision

EN LA PUNTA DE LA CIENCIA

¿De dónde vienen los rayos cósmicos?

Por el abate Th. MOREUX

"Lecturas" en su afán de servir de agrado, entretenimiento y utilidad a sus lectores, dará en casi todos sus números un artículo de ciencia moderna especialmente escogido.

El autor de éste, el célebre académico, el abate Th. Moreux nos despeja la incógnita de los rayos cósmicos, con una claridad de exposición de que solamente son capaces los ingenios franceses.

LAS ascensiones "records" del profesor Piccard han planteado nuevamente ante la ciencia la cuestión inquietante del origen de los misteriosos rayos cósmicos.

Recordaré que existe toda una serie de radiaciones bien conocidas con el nombre de rayos X, y cuyas longitudes de onda están comprendidas entre un milésimo y un cienmilésimo de micrón. El micrón es la unidad adoptada por los físicos para sus mediciones: vale un milésimo de milímetro.

Inmediatamente debajo de esas radiaciones vienen los rayos "gamma" del radio que se escalonan entre un cienmilésimo y un millonésimo de micrón. Y debajo de estos últimos, precisamente, se encuentran los rayos cósmicos bautizados, por el momento, con el nombre de rayos ultra X.

Su descubrimiento no se debe a un accidente, sino que resulta de la comprobación de hechos bien establecidos.

Todo el mundo conoce el electroscopio de hojas de oro descrito en todos los textos de física. Es un aparato del todo rudimentario. Dos hojas delgadas de oro suspendidas juntas de un conductor cargado de electricidad divergen, una vez alcanzadas por la carga. Pero esas hojas se acercan gradualmente a medida que se hace la descarga. Esa descarga se debe — por lo menos así se ha pensado desde hace tiempo — a la insuficiencia del aislamiento del electroscopio.

Sin embargo, por más grande que fuera el esmero con que se trataba de perfeccionar ese aislamiento, se conseguía a lo sumo demorar la descarga, pero no suprimirla. De ahí se dedujo que el aire circulante se torna conductor bajo la influencia de algún agente ionizante.

Los experimentos realizados han permitido establecer que entre las radiaciones que actúan para descargar el electroscopio hay algunas que

atraviesan fácilmente un blindaje de plomo de 3 centímetros de espesor.

El físico suizo Gockel ha demostrado en 1910-1911, por medio de experimentos en globo, que sólo una parte de esas radiaciones es de origen terrestre, porque el efecto de las mismas aumentaba con la altura de la ascensión. Ese resultado, del que volveremos a hablar pronto, parece confirmado por Hess y Kohlorster (1910-1914), por medio de experiencias realizadas a 9.000 metros de altura, luego por Millikan y Bowen en América, con ayuda de globos sondas que habían alcanzado a 15.000 metros de altura.

Las primeras mediciones exactas han sido realizadas por Millikan y Cameron en 1925. A tal efecto, un electroscopio fué sumergido en un lago situado a 3.590 metros de altura, en los Andes, y se comprobó que las radiaciones cesaron de influir sobre el electroscopio cuando éste se hallaba sumergido a 18 metros de profundidad. Poco después se comprobó que 37 metros de agua o 1.80 metros de plomo no reducían sino a la mitad la penetración de esas radiaciones ultrapenetrantes. Se llegó a la conclusión de que esos nuevos rayos vienen de arriba, que ellos nacen en las capas del todo superiores de la atmósfera, tal vez aún más allá, en los espacios celestes, y es por eso que se les dió el nombre de rayos cósmicos.

Más tarde se pudo registrar por medio de la fotografía la trayectoria de esos famosos rayos y — lo que es aún mejor — se consiguió medir la longitud de su onda. Esta es del orden

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.

de un cienmilmillonésimo de milímetro. Ahora se sabe que la intensidad de los rayos llamados cósmicos aumenta a medida que nos elevamos en la atmósfera, y que a 9.000 metros de altura, esa intensidad es ocho veces más grande que en el suelo.

Pero todo eso no nos informaba acerca de su origen. Aquí nos hallamos en plena hipótesis. Sin embargo, los físicos no están desarmados y han empezado por probar que en razón de la enorme penetración de esas ondas, hay que admitir un generador del orden de 60 millones de voltios, es decir, que para producirlas es menester dirigirse a un fenómeno atómico, aquel que puede producir la integración o la desintegración de la materia.

Sabemos desde hace algunos años que el espacio intersidereal contiene numerosas nubes de sustancias rarificadas y que se hallan en perpetua evolución. Las nebulosas mismas están en vías de un devenir incesante, y los átomos de hidrógeno se aglomeran para formar el helio. Tal sería la fuente de libera-

ción de energía comprobada en la producción de los rayos cósmicos.

Se pensaba otrora que el peso del átomo de hidrógeno era igual a la unidad. Pues bien; las mediciones recientes prueban que nos habíamos equivocado un tanto. En realidad, dicho

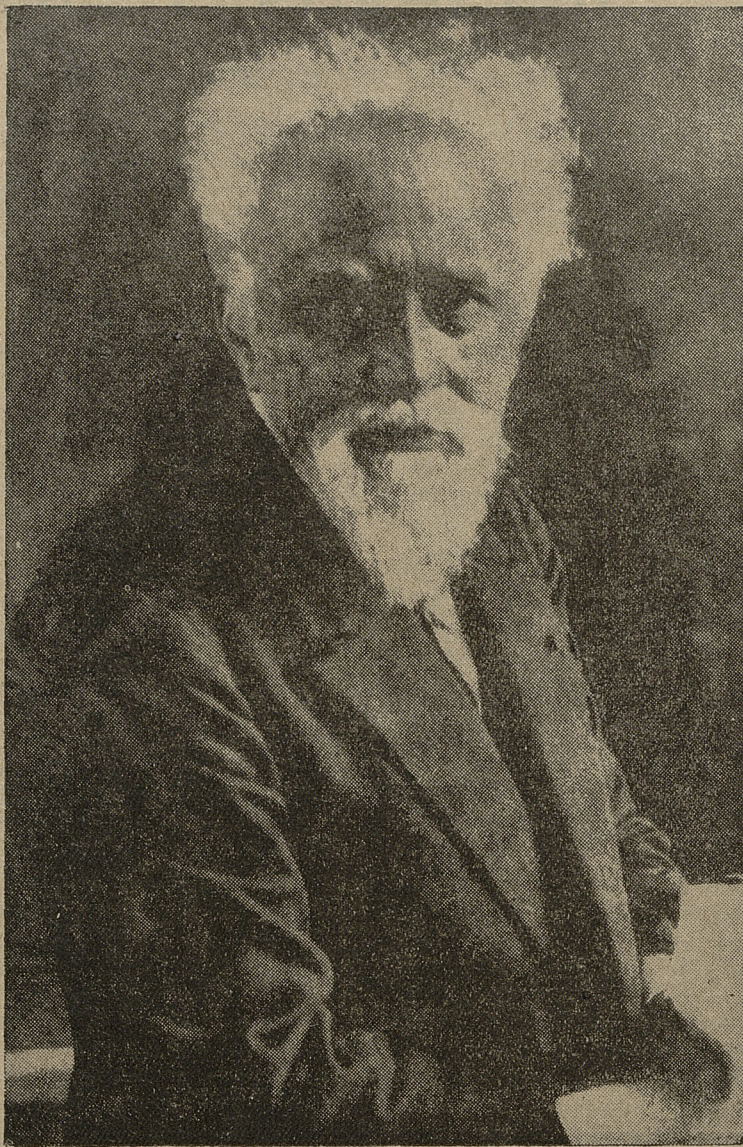
peso es igual exactamente a 1,008. El átomo de helio, cuatro veces más pesado, debería darnos 4,032. No ocurre tal cosa; su peso atómico es 4 sin decimales.

¿Qué se han hecho, pues, los 32 milésimos ausentes? Son ellos los que representan esa famosa energía liberada de que he hablado y que producen los rayos cósmicos.

Tal fué la teoría lanzada por Millikan hace algún tiempo; pero es propio de una teoría aguijonear a los sabios hacia nuevas verificaciones

nes, a menudo ni sospechadas al principio.

Si la hipótesis emitida por el célebre físico es exacta, es evidente que la proporción comprobada y medida de los rayos cósmicos en el aire debe aumentar con la altura y llegar a su máximo en los confines de nuestra atmósfera.



Jean Perrin

Fué esa idea la que impulsó al profesor Piccard a subir en globo lo más alto posible. Pero sus ascensiones no son, a decir verdad, más que manifestaciones deportivas.

En efecto; hace tiempo nuestros globos son-
das han traspasado la altura de 17.500 me-
tros, alcanzada por el famoso globo estrato-
férico, y no se explica la verdadera razón cien-
tífica de esos ensayos extremadamente peli-
groso y costosos, a menos que no haya en
todo eso sino una tentativa de publicidad des-
enfrenada.

Ahora bien; ya el año pasado resultaba que
el máximo de efecto de los rayos cósmicos se
mantenía a cierta altura y no aumentaba del
todo indefinidamente.

Esa conclusión parece ahora no ofrecer du-
da alguna. En efecto; dos días antes de la úl-
tima ascensión del profesor Piccard, un físico
alemán logró lanzar un tren de globos son-
das, dotados, como los precedentes, de aparatos
registradores, y los globos se elevaron a 29.000
metros de altura.

Digamos de paso que jamás hombre alguno
alcanzará en globo semejante altura, y enton-
ces uno vuelve a preguntarse ¿para qué sirven
experimentos puramente deportivos destinados
a conseguir lo que nos dan mejor y sin difi-
cultad los instrumentos atados a nuestros glo-
bos sondas?

Sea lo que sea, las observaciones realizadas
estos últimos días nos han informado de que la
intensidad de los famosos rayos llega a su má-
ximo a la altura de 12.000 a 13.000 metros
y que esos rayos decrecen luego rápidamente
a medida que uno sigue elevándose.

Tal vez el profesor Piccard lo haya com-

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.

probado él mismo. ¡Si es así, habrá descubierto
América!

Es probable que a partir de 10 kilómetros,
la intensidad empiece ya a declinar, en razón
de la resistencia de los átomos del aire, que
los rayos ultrapenetrantes disgregan, por otra
parte, quitándoles sus electrones y hasta aglo-
merando los iones de oxígeno para formar
ozono.

Esa especie de mecanismo se produce pro-
bablemente bajo la influencia de los rayos ul-
travioleta, más cortos, y bajo la acción de par-
tículas lanzadas con fuerza por el Sol.

Lo que parece dar un gran valor a esta hi-
pótesis, son los hechos comprobados reciente-
mente en el laboratorio francés de Perrin. Allí
se ha establecido que el bombardeo del gluci-
nio por los átomos de helio da origen a ra-
diaciones ultracortas, muy penetrantes, por
consiguiente, y en todo comparables a las on-
das de Millikan.

Se puede, pues, concluir que los famosos
rayos no son en modo alguno cósmicos, que
ellos no nos vienen desde los espacios interes-
telares, sino que se forman en la atmósfera de
nuestro planeta.

Evidentemente, así su origen es menos mis-
terioso, menos poético, pero si la ilusión se
va, no por eso deja de ser lo comprobado un
triunfo de la ciencia en el campo inmenso de
la verdad.



COMPRE CAFE LEGITIMO

DESCONFIE DE LOS CAFES MOLIDOS

El rendimiento en la taza de los substitutos o mezclas con sub-
stitutos es varias veces menor que el café legítimo fresco y recién
molido, trocándose así la supuesta economía en un mayor
desembolso.

Las cualidades estimulantes, propias solamente del café y la sa-
tisfacción que se experimenta al tomar esta exquisita bebida, no
se encuentra en ningún substituto o mezcla.

Lleve su café en grano, o hágalo moler a su vista.

Los Contratistas y Depósitos "TRES MONTES" venden café en grano
absolutamente puro.

N. O.—230.

PANORAMA DEL MUNDO

ARRIBA

Izquierda: Los cabarets de París se visten de luto. No quiere decir esto que una profunda tristeza los ha invadido. Se trata sólo de que la raza negra, que parece introducirse definitivamente en la ciudad luz, ha tomado posesión de los centros de placer. De regreso de París, Pablo Garrido nos ha entregado esta fotografía, que muestra a una orquesta martiniqueña contratada por uno de los grandes cabarets de color, para deleitar al parisién con la música ágil de las bigüines y las rumbas. *Derecha:* Alemania es el país donde la arquitectura avanza hacia horizontes más sorprendentes. He aquí un negocio de librería ubicado en un parque en los alrededores de Berlín.

AL CENTRO

Izquierda: He aquí como las piedras estratificadas han venido a jugar un importante papel en la arquitectura del Norte de Siria. Estos elementos, hallados entre Tartous y Safita, son, en efecto, utilizados por los nativos para la construcción de las murallas de sus habitaciones. *Al medio:* Hitler, cuya llegada al poder, en Alemania, ha tenido hasta ahora la significación del término de las libertades públicas. Los diarios son amordazados; y los comunistas te-

nazmente perseguidos por su viejo enemigo, el jefe de los Nazis. *Derecha:* "El joven mandolinista", una tela de Derain, el gran pintor francés que al lado de Cézanne, Rousseau, Renoir, Van Gogh, Gauguin, Picasso, Chirico, Matisse, Bracque, etc., es uno de los renovadores de la pintura moderna.

ABAJO

Izquierda: Bien pudiera decirse que Gloria Swanson, la conocida estrella del cinema americano, ha hecho una visita a la Fuente de Juvencia. A pesar de sus años, cuyas decenas al parecer sobrepasan los dedos de un mano, la ex-Marquesa de La Falaise se mantiene joven, vigorosa, interesante, dúctil, y sigue triunfando en su carrera cinematográfica. *Derecha:* La obra hispano americanista de la República Española se ha manifestado ya en varias ocasiones. En Madrid existe un monumento consagrado a las repúblicas de nuestro Continente en forma de pera. Cada una de ellas está representada por una espléndida figura. El grabado muestra la escultura que significa a Bolivia. En esa actitud meditativa, en las líneas duras, en la carne henchida vive el símbolo del indio boliviano, cansino y pequeño, que mata sus horas mascando las hojas de la coca.

PABLO GARRIDO, MUSICO DE AVANZADA

(Viene de la Pág. 18)

es el resultado de ocho años de trabajo, y en el cual tengo mucha confianza.

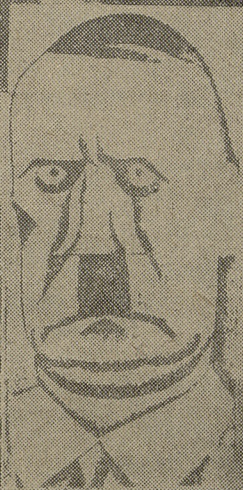
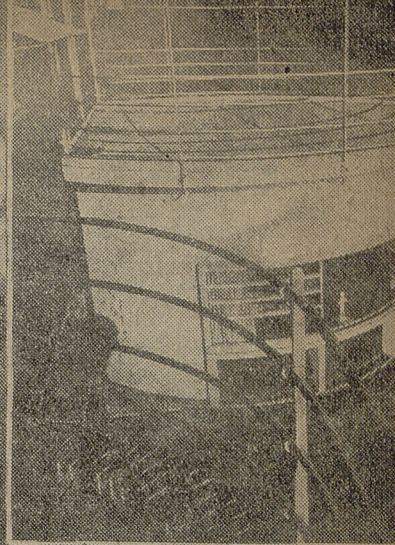
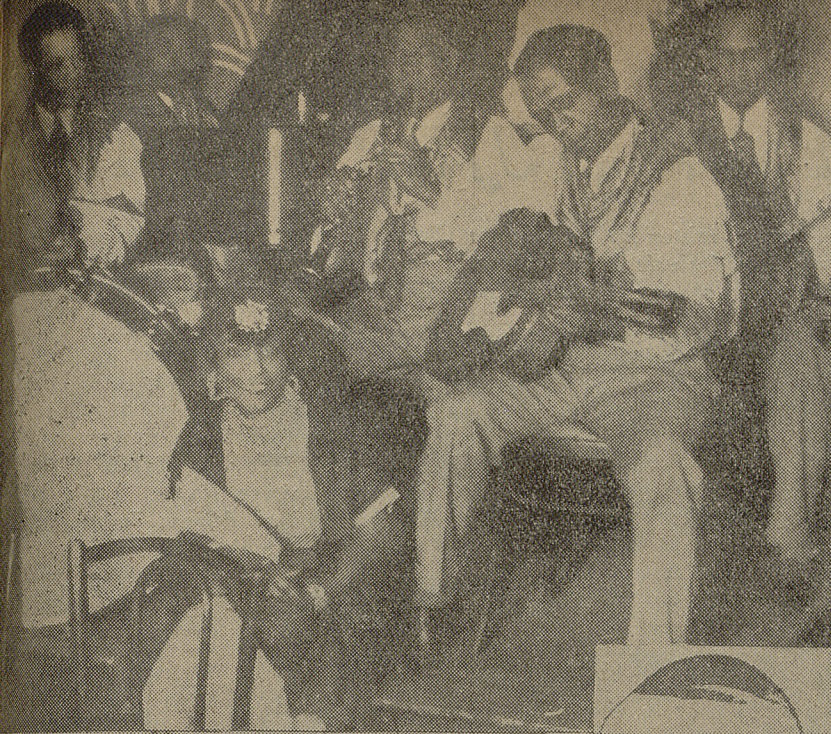
Luego—sigue—tomaré mi violín, qué diablos, un instrumento anticuado, demodé, pero que presta algunos servicios, y haré una jira, poniéndolo a disposición de Strawinsky, Bloch, Honegger y otros vanguardistas.

—Pienso también hacer con Tomás Lago un viaje a la Isla de Pascua. Hay canciones y danzas de Rapa-Nui que me interesan profundamente, y creo que ninguno de los flamantes viajeros venidos de allá se ha preocupado de ellas. ¿No le parece bien la idea? Acompáñeme.

Y, terminada la entrevista, Pablo Garrido se despidió de mí y se aleja, a grandes trancos ritmados por el movimiento de su pierna de madera, pintada del más bello color azul.

L. E. D.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS,
STO. DOMINGO 1061-SANTIAGO.



¿EXISTE LA MUJER FATAL?

Posiblemente por el rostro misterioso de Marlene Dietrich, el cine ha inventado aquello de "la mujer fatal". De todos modos vale la pena pensar un poco en la cuestión. ¿Existe la mujer fatal? He aquí lo que nos dicen al respecto algunas personas conocidas en nuestro ambiente.

HABLA PEDRO SIENNA

¿La mujer fatal? No, hombre, qué va a existir. Es uno mismo quien la crea. A los 18 años, cualquier mujer que pasa por nuestro lado, puede ser la mujer fatal. Uno anda a esa edad influenciado por mil literaturas, se siente el personaje de la última novela que ha leído. Pasa una mujer, nos gusta, la seguimos, ella no se fija en nosotros y ¡claro! ya es la mujer fatal, vampiresa horrible, que acabará por secarnos el corazón... Afortunadamente a los 18 años, uno tiene igual facilidad para enamorarse que para olvidarse. Gracias a ello nuestra vida no está sembrada de mujeres fatales...

□

NUESTRO DIBUJANTE HONORIO

—Y Ud., Honorio, ¿cree que existe la mujer fatal?

—Quién sabe... A la mujer fatal, a la vampiresa, a la que arrastra a la desgracia y a la muerte, la he conocido sólo en el cine y en algunas novelas.

Dicen que existe en la vida real. Entonces, muchas veces, mezclada entre la multitud, habrá pasado a nuestro lado. No la hemos visto. Y posiblemente no nos vió. ¿Tanto mejor? Tal vez. Pero... si es que la mujer fatal vive realmente, me gustaría encontrarme con ella.

□

LO QUE NOS DICE EL PINTOR PACHECO ALTAMIRANO

He conocido a muchas, pero a muchas mujeres fatales. De veras, no se rían. Cuando recién cogía los pinceles y me ponía frente a una muchacha a quien iba a retratar, poco a poco

notaba que sus rasgos iban variando. (Es decir era mi imaginación quien los variaba). Los ojos adquirían un brillo profundo, nocturno, fascinante; la boca se tornaba en una maquinita moledora de corazones; las manos se retorcián como serpientes, en fin... Tenía la mujer fatal, la vampiresa delante de mí. Y era que yo estaba inventando, para mi propio tormento, esa mujer fatal y hasta estaba imaginando que me sentía cogido en sus redes. Así nacieron muchos amores, que pasaron muy rápidamente.

Después, mirando la vida con más serenidad, no he podido encontrarme nunca, salvo en las películas de Greta Garbo, con la mujer fatal...

□

LA OPINION DE HERNAN DEL SOLAR

—¿MUJER fatal? Yo creo que son fatales todas aquellas mujeres de quienes nos enamoramos.

—Por su vida han pasado entonces muchas mujeres fatales...

—Sí, pues yo también alguna vez me he enamorado. Me topo con la mujer fatal generalmente un par de veces al año; parece que ésta tuviera sucursales en todas las ciudades...

—¿Cómo es físicamente la mujer fatal?

—Es variable... Para saber su físico es preciso que primero nos estudiemos nosotros mismos, para darnos cuenta ante qué mujeres reaccionamos con mayor rapidez y con mayor intensidad.

□

EL CHICO QUE NOS TRAE LAS PRUEBAS DE LA IMPRENTA

—Eh, chico! No se vaya todavía. Aquí tiene las pruebas con visto bueno, pero díganos ahora:

—¿Qué piensa usted de la mujer fatal?

—¿Qué?, pregunta creyendo acaso que nos hemos vuelto locos de repente.

—La mujer fatal, hombre. Qué cree Ud., existe o no?

—Esas son "patillas" del biógrafo, dice el

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 SANTIAGO.**

chico, y se marcha muy satisfecho con el atado de pruebas bajo el brazo.

M. A. R.

Esta es una pregunta de peso y de volumen. Claro que existe. Un individuo puede tener 18 o 30 o

50 años y, sin embargo, con o sin experiencia, se deja arrastrar por una fuerza fatal.

Todo lo que dentro de nosotros mismos construimos, ya sea por bienestar material o por deseos de un lampo de gloria, todo eso generalmente se resume en una mujer, salvo casos...

Ud. vive su vida tranquila, nada y nadie le ha dado un vuelco a su corazón, pero de repente, así como una corriente de aire que lo enferma, o como cualquier cosa que Ud., no espera, cae en el centro de su polvoriento sendero de peregrino, una mujer, una mujer que Ud. mismo no alcanza a comprender por qué atravesó el prado tranquilo de su vida. Y esa mujer lo arrastra a Ud., le arranca lo más hondo de su sentir y se lo

lleva para una eternidad. Hay que olvidar el pasado dicen algunos; pero es imposible, sobre ese mismo yunque, sobre esa misma mujer estarán martillando sus pensamientos hasta el último momento. Esa es la mujer fatal. Es la mujer de la primavera adorable y del invierno nebuloso. Cada cual nace con lo que debe ser. Una mujer que está erguida sobre nuestro pro-

pio imperio, es una cinta fatal que nos lleva rendidos y humillados. Hay quien se ha suicidado ante la belleza de una estatua. Y hay quienes se han suicidado ante concepciones fantásticas. La primera mujer que a Ud. le retuerce el sentimiento y se lo consume, esa es



La misteriosa Marlene

la mujer fatal. Esa es la mujer que jamás podrá olvidar ni casado ni muerto.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061- SANTIAGO.

leyendo para el lector

CIUDAD DE BRONCE.

—Fernando Binvignat, valor nuevo en la literatura chilena.

El estilo claro como jardín de convento. El alma placida como esas aguas hondas bajo las cuales se advierten marejadas de sufrimiento y vida secreta, ritmos de amor, de dicha, de dolor y muerte. He ahí el carácter de la poesía de Fernando Binvignat, blasón de nobleza en las letras serenenses.

Es una voz ingenua la suya — que logra la belleza a fuerza de sencillez y de diaphanidad — que es original porque nació así y sabe rehuir el ondular barato de la frase de moda y el alifafe superpuestro.

Nada de vulgar es su obra. Si tú, amigo lector, te sientes cansado de retorcimientos y de gongorismos tenebrosos, acude al libro de Binvignat. Si por añadidura conoces la ciudad conventual del Norte, apreciarás el significado de esta poesía que es un himno de amor a sus calles, a su aire azul y a sus playas blancas.

Una graciosa novela de aventuras: "EL JARDÍN SECRETO" de Chesterton.

Chesterton, escritor inglés católico es uno de los más ingeniosos creadores de aventuras con que cuenta la lite-

ratura universal. Los lectores nuestros conocen el libro suyo que no ha mucho publicó la Empresa Letras: "El club de los negocios raros", en que campea un humor regocijado, chispeante y salpimentado de ironía. Así es también este "Jardín Secreto", serie de aventuras semipolicíacas en que el inefable Padre Brown se burla donosamente de los detectives profesionales. Cada capítulo encierra una segunda intención especial, una secreta burla, una carcajada que no se oye, pero que se advierte rumorosa en las páginas. Libro de descanso para el ánimo fatigado, "El Jardín Secreto" deleita y regocija a la vez.

LAS NOCHES BLANCAS, por Fedor Dostoiewsky.

No cabe duda que Dostoiewsky fué el máximo genio literario del siglo XIX, entiéndase genio literario, cosa muy distinta de literato a secas. Los mundos salidos de su fantasía superan a los de cualquiera de sus contemporáneos en valores morales y en riqueza vital. También creo que Spengler tiene razón cuando lo llama santo. Hay que ser santo para concebir el tipo de un Alyoska Karamasof. Son muchas las páginas de Dostoiewsky que parece que no fueron compuestas sino inspiradas. No sólo los Poseídos, es una visión

profética de la revolución rusa, sino en Crimen y Castigo y en Los Hermanos Karamasof, pudo mostrarnos Dostoiewsky los manantiales de odio de donde surgen las explosiones de frenesí criminal a que después se llama revolución social. Con mucha razón ha vertido estos hermosos conceptos Ramiro de Maeztu, y nosotros al publicar "Las Noches Blancas", lo hacemos porque en este libro se encuentra el único pasaje idílico en la vida atormentada de este genio extraordinario.

EL COLONO DE MALATA, por José Conrad.

Conrad nació en diciembre de 1857, en Ucrania, de una antigua familia polaca. Un abuelo de su hermano peleó en los ejércitos napoleónicos. El padre de Conrad tradujo a Shakespeare y a los románticos franceses. Sus aficiones revolucionarias dieron motivo a que el niño, ya a los 6 años, conociera la partida hacia el destierro, se acostumbrara a las despedidas amargas, a los desgarradores adioses.

La atracción del mar empuja a obrar en Conrad desde niño. Muy joven se dirige a Marsella (ha quedado huérfano) y se embarca en buques franceses de la marina mercante y luego en navíos ingleses de comercio, su-

cesivamente como marinero, oficial y capitán de alta mar.

El espíritu inglés se ha adueñado de él. Poco a poco Conrad olvida que es polaco por su nacimiento, visita Londres, y en 1896, cuando abandona la profesión de marino, va a vivir con su mujer y sus hijos a Inglaterra. Este país se lo ha apropiado y lo cita entre sus mejores literatos. Conrad creía que era más inglés que polaco. Nosotros también.

Numerosa es la producción de Conrad. Entre sus obras principales se cuentan: "Tifón", "La Locura de Almáyer", "Lord Jim", "Gaspar Ruiz", "Victoria", "La Flecha de Oro", "El Rescate", "El Negro del Narciso", "Juventud", y "El Colono de Malata" cuya belleza podrán apreciar nuestros lectores en la edición que acaba de publicar la Empresa Letras.

EL NIÑO CHILENO.

Difícil tarea la de componer un texto de lectura. Debe ser éste un libro de delicada y prolija construcción. Un edificio para que tenga un buen tipo arquitectónico ha de poderse observar desde cualquier flanco y ser siempre bello. De igual modo un texto de lectura debe tener, entre otras, las siguientes finalidades: "educación del carácter, solidaridad humana, amor a la naturaleza, cariño a la labor sistemática, etc."

El solitario enunciado de este plural objetivo, hace ver que el trabajo de ejecución que se impone el autor es arduo. Además, no únicamente ha de seleccionar las lecturas y jerarquizarlas a un plan, sino que ha de ponerse a tono psicológico con su lector. Porque no basta que se cum-

pla un canon estético riguroso o una pauta de moral consagrada. No basta. Es indispensable que el texto hable y cante al infantil corazón del colegial. De lo contrario se corre el albur de que sea un libro más. Un libro sin contenido vital, porque es ajeno a su mundo.

"Su mundo". He aquí la incógnita de la cuestión: su mundo. No se puede llegar a ese hemisferio sin despojarse de gran porción del bagaje mental del adulto. Es un orbe distinto. Se rige por leyes, deseos, idealidades, afecciones y problemas diversos.

El escritor, generalmente, cuando habla o escribe de "su" infancia se introspecciona u opera a base de recuerdos. Ambos métodos son deficientes y presentan graves peligros. Y sin embargo, no hay más recurso que recurrir a ese par de sistemas. De ahí las dificultades que presenta la literatura para niños. Las bellas letras españolas son escasas en estas zonas de su producción.

Los autores de textos para escolares tienen, pues, que vencer grandes dificultades. De allí que su labor sea digna de los mejores elogios. Porque — ya se dijo — no sólo se trata de compilar páginas de patricia belleza, sino que esas páginas deben inspirar "optimismo" gusto por leer "civismo".

He aquí otra de las vallas por salvar: el amor a la lectura. Es imperativo inculcar en el niño dilecta inclinación por el libro. Porque sin cariño no viene el hábito de manejar la exquisita herramienta de cultura que es el manual.

Después de una atenta revisión de los dos volúmenes de "El Niño Chileno" de César Bunster, es decir, de los textos de lectura para el pri-

mero y segundo año de humanidades, creo que el compilador ha logrado penetrar en el ámbito infantil y ha conseguido despertar interés por el ejercicio de leer. Lo primero lo alcanzó porque a su conocimiento profesional de maestro une un depurado gusto literario; lo segundo, porque ha sabido presentar el libro ilustrado con estampas sencillas, significativas y actuales.

Hay otrosí, una sección en el libro que favorece la enseñanza activa de la lengua castellana, y contribuye al enriquecimiento del cosmos íntimo del educando, vale decir, de la personalidad del niño. Es el *apéndice*. Por otra parte, este segmento de la obra pone en juego una útil tentativa de correlación con las asignaturas afines del idioma patrio. Es un paso de alta significancia por su ancho valor educativo en los resultados a obtenerse con profesores inteligentes.

Es de alegrarse que el colegial de ahora tenga tan bello instrumento de lectura. Es de regocijarse, además, que un profesor joven avance por los caminos señalados por la ciencia de la educación moderna. Asimismo, es de esperar que las nuevas generaciones sean más lectoras que las actuales y que a la par del aumento de lectores venga la riqueza en el equipo nacional de cultores por los valores del saber.

Al terminar esta breve glosa, es mi deseo fervoroso que los manuales diferenciados que anuncia César Bunster, para el tercer año de humanidades, tengan las condiciones pedagógicas anotadas y la pulcritud tipográficas de los dos ya publicados.

Norberto Pinilla.

NUESTROS COLABORADORES

Sr. A. de Garval.—Valparaíso.—Su verso, La Ventana, indudablemente tiene un bello colorido sentimental. Ud. es un paisajista de imágenes:

"Rugen violentas las aguas de la rada;
niveas refulgen sus crenchas esparcidas;
danzan sus vientres en ondas retorcidas
tal como espasmos de virgen violentada".

Si Ud. nos enviara una composición más corta, de tal modo que nuestros lectores no se asusten ante tanto atropello de cristales vertidos torrentosamente, la publicaríamos con gusto, ahora que nuestra revista es semanal.

Sr. S. Soto Arancibia.—Ciudad.—Con sinceridad le diremos que su cuento, más bien que cuento, parece una página roja de diario. Ud. podría escribir mejor si dejara de usar frases trilladas y pretenciosas como: "anónimo destino", "asaz inaccesible", "sádico verdugo contumaz". Escriba cuentos más constructivos y humanos. Lea a Dostoiewsky, O. Henry, Conrad, Chesterton, etc.

Sr. Rolando Medina.—San Vicente.—Su poema "Paréntesis" no tiene ninguna consistencia espiritual. No crea que para hacer versos basta buscar consonantes. Aunque para escribir poesía no se necesita más que el don supremo de la originalidad, sin embargo, siempre es indispensable leer altos valores. Lea a Gabriela Mistral, Neruda, Meza Fuentes, Mondaca, etc.

Sr. A. C. De la Cruz.—Tocopilla.—Opinamos que Ud. mejor debe ensayarse escribiendo poemas en prosa. Sinceramente le recomendamos que no gaste su tiempo concibiendo estrofas rimadas y mal rimadas y sin esa deliciosa musicalidad que brota únicamente de es-

píritus dilectos, como un Darío, Porfirio Barba-Jacob, Neruda, Meza Fuentes, etc.

Sr. Antonio Vekaric.—Ciudad.—A continuación publicamos su poema "La semilla" que preferimos al anterior que nos envió:

LA SEMILLA

(Para "Lecturas")

El sembraba y cantaba, cantaba y sembraba. El sembraba la semilla negra y blanca de sus ensueños. Los tibios vientos primaverales corrían esparciendo sus perfumes y las primeras suaves lluvias se precipitaban en los plateados surcos. El desierto se cubrirá pronto de grandes flores y de sabrosas y rojas frutas. En todas partes crecerán las espigas hasta la cintura y los bosques hasta los cielos.

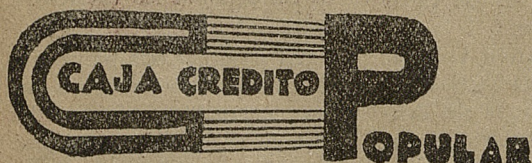
El caminaba adelante, siempre más adelante, con el sol y las estrellas, sembrando en el desierto y cantando en la quietud. No volvía su mirada atrás y ha caminado tanto que ya no hubiera podido encontrar el camino que lo devolvería a su hogar.

No pensaba si los vientos llevarían la semilla a los ríos y mares, si la blanca helada matinal destruiría los tiernos brotes. No pensó si las aves del cielo comerían la negra y blanca semilla de los surcos. El caminaba, siempre adelante, cantando y sembrando.

Y cuando su voz se extinguió y su mano se volvió débil; cuando quiso volver a su hogar, se encontró extraviado en el mar infinito de sus espigas, en la obscuridad de sus selvas. Entre él y el mundo se erguía ahora una vegetación inmensa y venenosa: la vegetación de sus ensueños dorados.

Antonio Vekaric.

Santiago, febrero 19 de 1933.



**FACILITA DINERO AL 1½%
MENSUAL SOBRE ROPA, OBJETOS
VARIOS - 2% SOBRE ALHAJAS**

La Sección Depósitos de AHORRO abona el más
ALTO INTERES QUE PERMITE LA LEY

Matriz: SAN PABLO 1130 esq. Capuchinas

Sucursal Santiago: Serrano 699 esq. 10 de Julio

Sucursales: Valparaíso, Antofagasta y Talca.

"LECTURAS" APARECE TODOS LOS JUEVES